

# Suiza - Austria - Norte de Italia

Por MARGARITA PEÑALOSA ESTEBAN-INFANTES  
y JOSE MARIA MARTINEZ VAL  
Catedráticos de Geografía e Historia

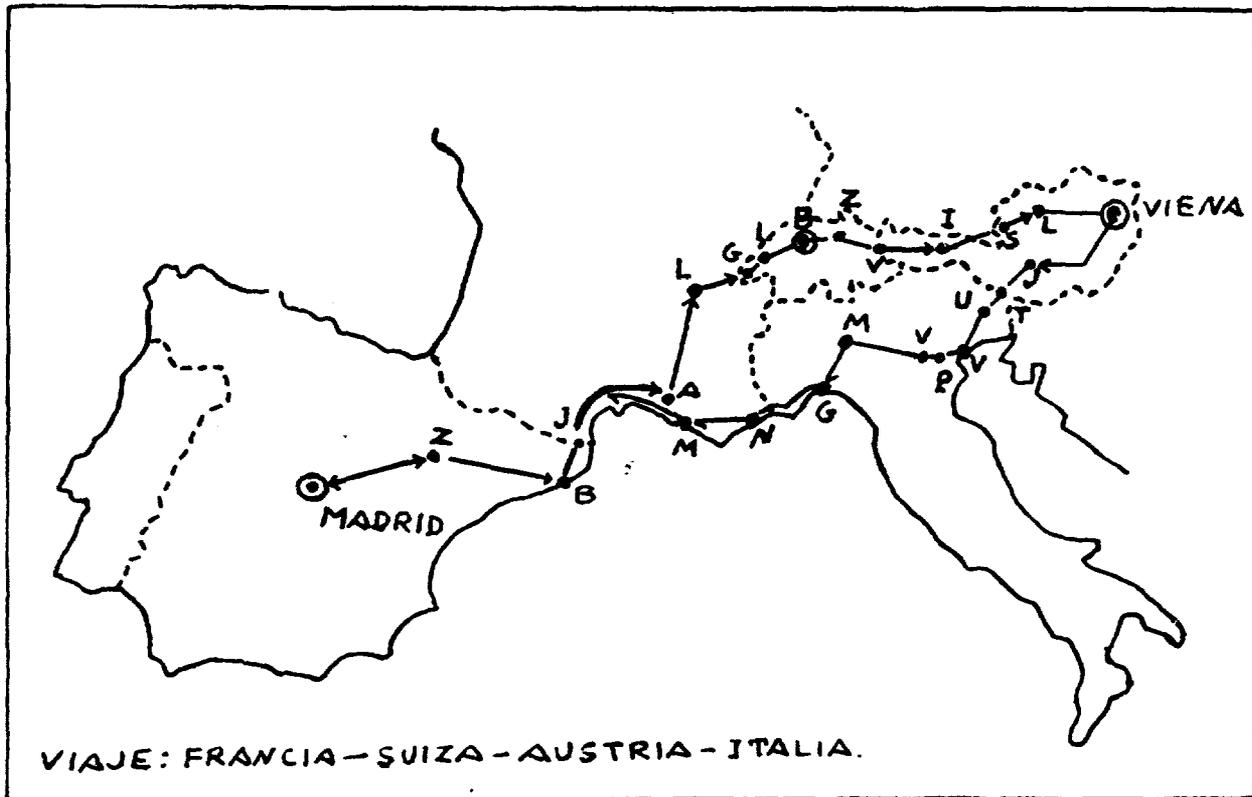
Los cronistas van a narrar solamente su viaje. No podrían hacer otra cosa. Estos viajes de estudios del Profesorado—feliz iniciativa del Ministerio de Educación Nacional y Dirección General de Enseñanza Media—han sido concebidos por el director y organizador de los mismos, don Dacio Rodríguez Lesmes, Inspector Central de E. M., a base de una realización elástica. Los Profesores tienen, dentro de los horarios obligados de salidas y llegadas, la natural libertad. Sus preferencias y hasta sus especializaciones o grado de salud, determinan que, llegados a un lugar cualquiera, se dispersen en las mil direcciones posibles. Los cronistas, pues, sólo pueden trasladar a las cuartillas una mínima parte—la suya, personal—de lo que ha sido un viaje de estudios en el que han intervenido más de 250 Profesores, distribuidos en seis autocares. Sin duda, la panorámica que se lograría con las observaciones de otros compañeros (naturalistas, filólogos, etc...) sería mucho mayor y más representativa de lo que significa, en todos los aspectos, un viaje como el que acabamos de realizar.

Otra observación preliminar. Vamos a limitar nuestra crónica a lo visto y vivido desde que abandonamos la frontera española, en La Junquera. Incorporaremos, por tanto, las notas correspondientes también a Francia, pues aunque el paso por el país vecino fue de mera etapa, hubo vagar para andar y ver.

La excursión, en el mes de marzo último, tuvo las siguientes jornadas:

- Día 15: Madrid-Calatayud-Zaragoza-Lérida-Barcelona.
- Día 16: Barcelona-Gerona-La Junquera-Narbona-Nimes-Avignon.
- Día 17: Avignon-Valence-Lyon-Ginebra-Lausana.
- Día 18: Visita a Lausana. Por la tarde, excursión a Ginebra.
- Día 19: Lausana. Visita de Berna, Zurich. Visita a Zurich.
- Día 20: Zurich-Feldkirch-Innsbruck. Visita de Innsbruck.
- Día 21: Innsbruck-Salzburg (visita)-Viena.
- Días 22 y 23: Viena. Visita de la ciudad y sus monumentos.
- Día 24: Viena-Judenburg-Tarvisio-Udine.
- Día 25: Udine-Venecia (visita de Venecia).
- Día 26: Venecia-Padua (visita)-Verona (visita)-Milán.
- Día 27: Milán (visita durante la mañana)-Génova.
- Día 28: Génova-Ospedaletti-Ventimiglia-Niza (visita rápida)-Marsella.
- Día 29: Marsella-Montpellier-Narbona-La Junquera-Barcelona.
- Día 30: Barcelona-Madrid.

Los cronistas van a intentar llenar este esquema con el contenido que ellos le dieron.



Itinerario general del III Viaje de Estudios del Profesorado español al extranjero.

## EL ROSELLON Y LA PROVENZA

La Junquera es una curiosa frontera. El primitivo trazado de la línea fronteriza debía cortar algo perpendicularmente a la situación actual de los puestos aduaneros y de las dos Policías, francesa y española. Al crecer el pueblo y acercarse a los puestos, se ha formado una calle. Y durante muchos metros, la acera de la derecha es española («Tabacos», «Peluquería»...), mientras la izquierda es francesa («Tabacs», «Coiffeur»...). Entre ellas, ningún muro, ni siquiera raya sobre el suelo. Las gentes pasan de una a otra para hacer sus compras ordinarias. Tampoco ningún obstáculo para el viajero. Buena vecindad. Y también, mínimo de requisitos o diligencias. Algunos compañeros ni siquiera se apean del autocar. Pasamos va a Francia.

Es ruta bien conocida de viajes anteriores, entre otros del viaje a Italia, hace dos años, cuando nos recibió el Papa Juan. A nuestra izquierda, las cumbres bien nevadas de los Pirineos orientales. Aunque por aquí son sociables y se deprimen gentilmente, no queda lejos el Canigó (2.785 m.) y el Puigmal (2.909). Pero por donde corre la carretera, atravesando los valles de los ríos Tech y Tet, con el mar a la derecha (Cap Cerbère, Port Vendres), la tierra es llana y feraz, ya alegre por la primavera que está a punto de llegar. Paisaje parecido al catalán: vides, ni un metro sin cultivar. Como telón de fondo, al frente de nuestra marcha, los Montes Corbières.

Cruzamos, sin detenernos, Perpignan (70.000 h.), a orillas del Tet. A la entrada de la ciudad, un indicador nos recuerda que por la derecha se asciende al antiguo Palacio de los Reyes de Mallorca, salidos de la Corona de Aragón. Y, en efecto, sobre el caserío se levanta, rodeada de murallas más modernas, la vieja ciudadela, con su perfil medieval. Pero no ascendemos. Por Francia estamos de mero paso y es forzoso seguir. Al cruzar la villa, donde termina el boulevard de los Pirineos, dos nuevos recuerdos españoles: la plaza de Barcelona y la de Cataluña, a ambos lados o riberas de la «Basse», cabecera de los «Qual Vauban». En seguida, el río, y de nuevo en la carretera, rumbo a Narbona.

## LA GALIA NARBONENSE

Entre Perpignan y Narbona la carretera discurre por la costa baja y arenosa; a nuestra derecha contemplamos, primero, el Etange de Leucate y, poco después, los de Sigean y Bages. Todos ellos cerrados a lo lejos, pero perceptibles a simple vista, por los tómbolos; se suceden kilómetros de establecimientos de cría de ostras. Son cuadrados que se forman, unidos entre sí, consecutivamente, con maderos hincados en las aguas bajas. Recuerdan los prehistóricos palañtos; pero aquí están dedicados a una de las riquezas más típicas de la región. En los muros de los «relais» de carretera se anuncia: «*Huitres de Narbonne*».

Narbona (32.000 h.) tiene lejana historia y un sello muy personal. Está cruzada por el Canal de Robine; ocho puentes permiten pasar de una a

otra orilla. Los cronistas, después de comer en el Restaurant du Midi, se dirigen—porque hay poco tiempo—hacia «Trois Pontes» y la Catedral de San Just, gótica, inacabada (como se aprecia por la parte del ábside) y con un cierto aspecto militar, algo así como la nuestra abulense. Allí también, lleno de encanto, el acceso al Palacio de los Arzobispos, del bajo gótico, y con la impronta del gótico civil al lado mismo del magno edificio de la Catedral. Más allá, el Cours de la République y el Quai Victor Hugo abren una gran perspectiva, a la que tan aficionados son los franceses; pero el resto de la ciudad, en torno a San Justo, es de trazado irregular y estrecho, verdadera reliquia de los siglos medievales. Los cronistas saben que en Narbona hay dos interesantes Museos: el Municipal, con sus dos secciones de arte y cerámica y arqueología, y el Lapidario, en la antigua basilica benedictina de Lamourguilé, con más de 1.200 piezas de arqueología romana. Pero, como ya nos ha ocurrido otras veces, tenemos que pasar de largo. Es la primera pena que nos inflige el calendario y el reloj. Los cronistas son cazadores de Museos, pero esta pieza narbonense siempre se les ha escapado hasta ahora. ¡Quiera Dios que en otro viaje no se repita la fuga!

Béziers (65.000 h.) es —ahora—sólo entrevisto. Pero los cronistas lo recuerdan bien de otra ocasión en que pernoctaron y estuvieron con cierto reposo. Pasamos el Orb por el Puente Nuevo, ascendemos por el Boulevard de Verdun y luego bajamos por el de la Marne (¡siempre el patriotismo galo, entre victorias, mariscales de Napoleón y nombres de jefes socialistas!) hasta las bellas Allées de Paul Riquet y la plaza de Jean Jaurés, donde suelen ponerse las exposiciones de maquinaria agrícola y los puestos de buenos vinos del Languedoc y de Provenza. Ya desde Narbona—y así seguiremos hasta Montpellier y aun más allá—los viñedos han sido el horizonte del viaje. Béziers es una ciudad que vive del trabajo y del comercio del vino. Añoramos la vista espléndida que se ofrece sobre la campiña desde la terraza al lado de la antigua Catedral de San Nazario, pero hemos de seguir...

En Nîmes (89.000 h.) sí hubo alto. Breve, desde luego. Pero lo hubo. Los autocares han parado, todos juntos, al lado de las Arenas, el antiguo y grandioso coliseo romano. Es ya de noche y tiene una discreta, agradable y acertada iluminación. Sin excesos; lá luz justa para que destaque bien la milenaria sillería, los dos órdenes de arcos, el perfil de sus columnas. El magnífico anfiteatro, muy poco anterior a la Era cristiana, es de grandes dimensiones (131 m. por 100 m., con capacidad para 20.000 espectadores). Por su tamaño, de los 70 anfiteatros romanos cuyas ruinas se conservan, hace el lugar vigésimo. Pero por su belleza ocupa uno de los primeros lugares. Es curioso. Es un anfiteatro vivo. Ahora se dan en él las corridas de toros, a las que también hay afición en el Midi, la Gironde y la Provenza.

Muy cerca, por el boulevard Victor Hugo (el inevitable boulevard dedicado en toda ciudad francesa al gran poeta), queda la «Maison Carrée», la otra gran pieza de nuestra caza. Observamos que son muchísimos, casi todos, los expedicionarios que siguen boulevard adelante. Presumen los franceses de que «Maison Carrée» es el templo romano mejor conservado de cuantos existen. Por una vez, la presunción francesa está justificada.

Es también un poco anterior a la era de Cristo. Seguramente, la edad de oro para la «Provincia» romana. Es un monumento rectangular, de bellas proporciones (26 m. de largo, 15 m. de ancho, 17 m. de alto) y columnas corintias de capiteles muy finamente tallados. Fue Ayuntamiento y después iglesia de agustinos de un convento cercano. Pero su belleza serena, ejemplarmente clásica, ha debido imponer siempre respeto y se ha conservado como un desafío a los siglos. Ahora encierra un pequeño museo arqueológico, que, era noche, no hemos podido ver. Pero los cronistas lo recuerdan bien de un viaje anterior.

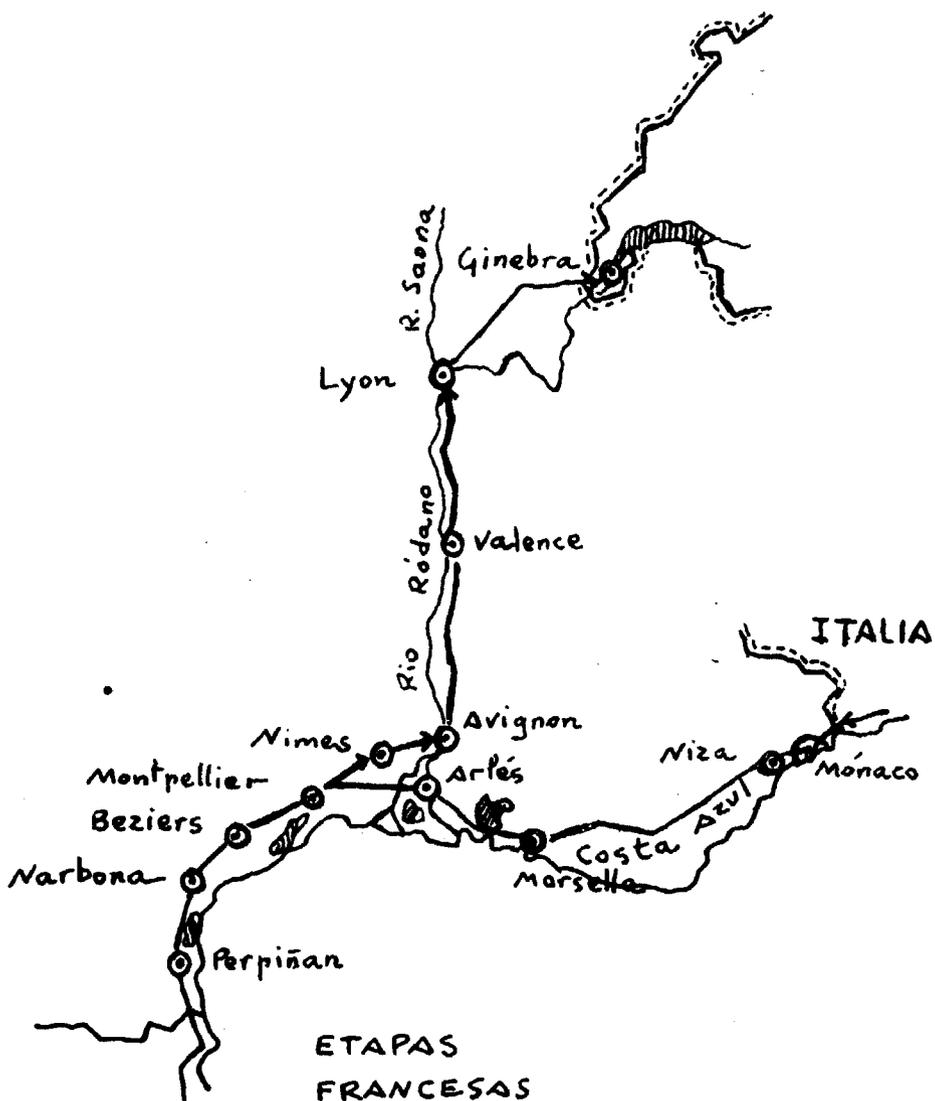
No sabemos si alguno se decidió a ir al Jardín de la Fontaine, una de las bellezas de Nîmes; seguro que nadie pudo llegar a la Torre Magna, uno de los monumentos romanos más interesantes de la región provenzal. No había tiempo de subir los 140 escalones, y la oscuridad de la noche hubiera impedido ver el ancho panorama montañoso, en «tour d'horizon», que se abre desde el Canigó, en los Pirineos, hasta el Monte Ventoux, en los Alpes marítimos, sin olvidar, como a vista de pájaro, el cercano Mediterráneo, que cierra el horizonte por el Este.

## AVIGNON

Confiesan los cronistas que guardan a Avignon cierta inquina. Por unas u otras circunstancias, son ya varios los viajes en que fracasan en su intento de visitar el Palacio de los Papas. Ahora—otra vez—tuvimos que contentarnos con verlo desde fuera. En otra ocasión lo cambiaron (¡horas incompatibles!) por la visita al Museo Calvet, que sin duda también merece la pena.

Los cronistas son comprensivos. Por Francia estamos en este viaje, de paso. Es mera etapa. Hemos llegado sólo para pernoctar. La iluminación de sus antiguas murallas, construidas por los Papas en el siglo XIV, nos permite apreciar bien su belleza. Destaca su piedra gris y limpia, de país seco, con sus barbacanas saledizas recortadas contra el cielo. Vamos a cenar a un restaurante nuevo, en la avenida de la República. Cabemos los 250 viajeros y muchos más. Está lleno de luz y de alegría. Aunque la noche es muy fresca, en cuanto cenamos, marchamos casi todos a la plaza del Reloj y el Palacio. Por el exterior, también iluminado, ofrece un aspecto fantástico. Y aún más, formidable. Más que Palacio, los Papas construyeron una fortaleza. No se fiaban de su independencia, ante los afanes de dominio de los Reyes de la dulce Francia. Los muros, por la parte inferior, sin ciegos, sólidos. Las altas ojivas—tampoco en demasiado número—comienzan a muy respetable altura. Las torres avanzan interrumpiendo los lienzos de pared, en un gesto audaz, defensivo. Son cuadradas y altas. Algunas de hasta 50 m. La base del Palacio es roca viva. El Palacio no podía ser minado; tampoco hubiera podido ser tomado al asalto.

El cronista intenta, al amparo de la iluminación, alguna fotografía; fracasa en subir al jardín que da sobre el Ródano, porque está cerrado de noche. Mientras tanto, la cronista, con algunas señoras, ha ido a ver escaparates en los elegantes comercios que los abren a la citada avenida de la



Itinerarios desde la frontera a Suiza a través de Francia y regreso desde Italia a Perpiñán.

República. Pues Avignon, fortaleza pontificia y medieval, es también —así lo parece incluso a estas horas— una ciudad moderna y viva. Y hay que verlo y observarlo todo. Los cronistas, a veces, se reparten el trabajo de la observación.

Avignon está aún más bonito a la mañana siguiente, con luz recién estrenada, porque nos hacen madrugar quizá demasiado. Damos la vuelta a sus «remparts»; tiramos fotos mientras el autocar se detiene en los semáforos; volvemos a admirar el siempre admirable, caudaloso y frondoso Ródano.

## EL VALLE DEL RODANO

Ahora vamos a seguir Ródano arriba. Nos dirigimos a Lyon. Ya no nos separaremos del «*sillon rhodanien*» hasta Ginebra; es decir, casi todos los 500 Km. de su curso. La parte que nosotros vamos a recorrer ahora es el Bajo Delfinado y el valle del Ródano propiamente dicho. A la derecha de nuestra marcha quedan las estribaciones de los Alpes de Vaucluses; cuando salimos de Avignon hay todavía cierta neblina mañanera, que no nos permite ni aun entrever (creíamos que podríamos verlo) el monte de Petrarca: el Ventoux. A la izquierda sí que vemos, porque queda bien iluminado por el sol saliente, la cota seguida, de unos 400 a 500 metros, del borde de las mesetas cristalinas centrales. Y entre ambas, por el fondo del «valle rodaniano», en la llanura, verdaderos vergeles, frutales que empiezan a apuntar sus capullos, huertas pródicamente dotadas de riego, pueblos limpios y ricos. Y en seguida, Orange (20.000), la antigua Arausio de los romanos, que primero fue pequeño burgo céltico y que andando los siglos (en el XIII) llegaría a ser, por virtud de matrimonios, un enclave holandés, de donde saldría Guillermo *el Taciturno*, el amigo de nuestro César Carlos y en seguida enemigo de su hijo Felipe II y de España.

En Orange quedan muchos restos romanos; restos de gran categoría. El cronista, como sabe que no vamos a parar, está—Yashica en mano—presto a tirar fotografías desde la ventanilla del autocar. Sabe la pieza que quiere cobrar el Arco de Triunfo. Y la cobra, por las dos fachadas. El Arco fue construido nada menos que después de la victoria de César sobre los galos (49 a. de J. C.). Su fachada norte es la original. La sur está muy restaurada, pero con fidelidad a lo auténtico. Es uno de los más hermosos arcos triunfales que se conservan. Comparable, sin duda, a los tres del Foro romano. Es muy rico en su decoración. Representa muy varios motivos: combates de galos y legionarios, en la parte de remate; atributos marinos (proas, cordajes, tridentes), trofeos, cuerdas de cautivos, flores, frutas. Es de tres arcos y dos entablamentos, uno sobre otro, sostenidos por columnas de orden corintio romano y compuesto.

Cruzamos también Montélimar. La llanura del «*sillon*» se hace más ancha. En Montélimar hay esclusas para la regulación del Ródano. Media hora más, y paramos en Valence (41.000 h.), en el boulevard de Alsacia. Valence gusta llamarse la «ciudad de Bonaparte», porque en ella hizo guarnición el *Gran Corso* antes de ser, por antonomasia imperial, Napoleón.

Valence tiene un aspecto moderno, pero los cronistas—como algunos otros Profesores de Historia—salen disparados hacia la Catedral y la iglesia de San Juan. La Catedral tiene, sobre todo, un ábside románico muy puro y muy articulado; la iglesia de San Juan, a la que precede en el momento que la visitamos un mercadillo provinciano, lleno de encanto y de flores y verdura, tiene por su parte un campanario notable y un timpano, también románico, de rico relieve, representando a su Santo titular. El sacerdote cree que somos italianos, pero le sacamos de su error. Por lo visto, no son muy frecuentes por aquí los turistas españoles.

## LYON

Hacia el mediodía hacemos la entrada en Lyon (475.000 h.), donde vamos a detenernos a comer y tendremos tiempo después para una breve visita.

La visión que tienen los cronistas de Lyon es, por fuerza, fragmentaria. Pero una leve incidencia—dificultad para encontrar el restaurante donde debíamos almorzar—ha sido motivo para pasar y traspasar puentes y correr y volver a correr calles y bulevares. Por eso, ya antes de haber llegado a nuestro destino, estaba la retina de los cronistas muy llena de la intensa vida comercial de Lyon. La ciudad antigua, romana, sobre otra anterior de aborígenes galos y quizá helvéticos, se sitúa en la Fourvière, una eminencia rodeada por uno de los meandros del Saona, hasta donde puede llegarse por funicular de cremallera. Allí es donde se encuentran las ruinas del viejo teatro romano y restos de las murallas que defendían el «castro», porque tal debía ser la primitiva fundación: un castro para vigilar y mantener los pasos que se abren, desde Lyon, por el Saona, hacia el centro de la Galia; por el Ródano, hacia Helvetia, y aguas abajo, hacia la Provincia (Provenza) y los puertos (marítimos y montañosos) de la costa mediterránea. Pocas ciudades como Lyon para demostrar el «ojo» militar y comercial de los romanos. Después, en la Edad Media, Lyon debió rebasar los límites de la ciudad antigua y se construyó la ciudad entre el Saona y el Ródano; no es que queden restos medievales. Este sector de la extensísima ciudad es todo moderno, como máximo debe datar del siglo XVIII. También por aquí, hacia la confluencia de los dos ríos, la ciudad se eleva y por detrás de la «Gare de Perrache», en el Cours Verdun, los aparcamientos de automóviles, en un número que no sabríamos ponderar, parecen asomarse por encima de la estación. El ensanche último y más moderno de Lyon ha ocurrido a la orilla izquierda del Ródano, hacia Les Brotteaux La Guillotière. Resulta, pues, que ahora Lyon está como perforado, mismo en su centro, por los dos grandes ríos. Si no hemos contado mal, tiene 25 puentes, 13 sobre el Ródano y 12 sobre el Saona. Los muelles se suceden uno tras otro, a ambas orillas de los dos ríos; los barcos y gabarras no dejan un momento su transporte. La animación es extraordinaria. Los cronistas se han contentado con acotar la parte central de Lyon, entre la place Bellecour y el Cours Verdun. La plaza tiene muy bien puesto el nombre. Es alargada, de grandes dimensiones, con una estatua ecuestre (¿Luis XIV?) en

el centro y amplias zonas de jardines. De ella sale la rue Republique, que pasa por ser la más bella e importante comercialmente de la ciudad. Por el otro lado, otras tres calles paralelas (Charité, V. Hugo y Carnot) conducen hacia el C. Verdun. El cuadro que señalamos está flanqueado por los dos ríos; en su sector, en cada uno hay tres puentes. Hacia el lado del Saona, a la otra orilla, en la parte antigua, muy en alto, destaca su silueta la Catedral.

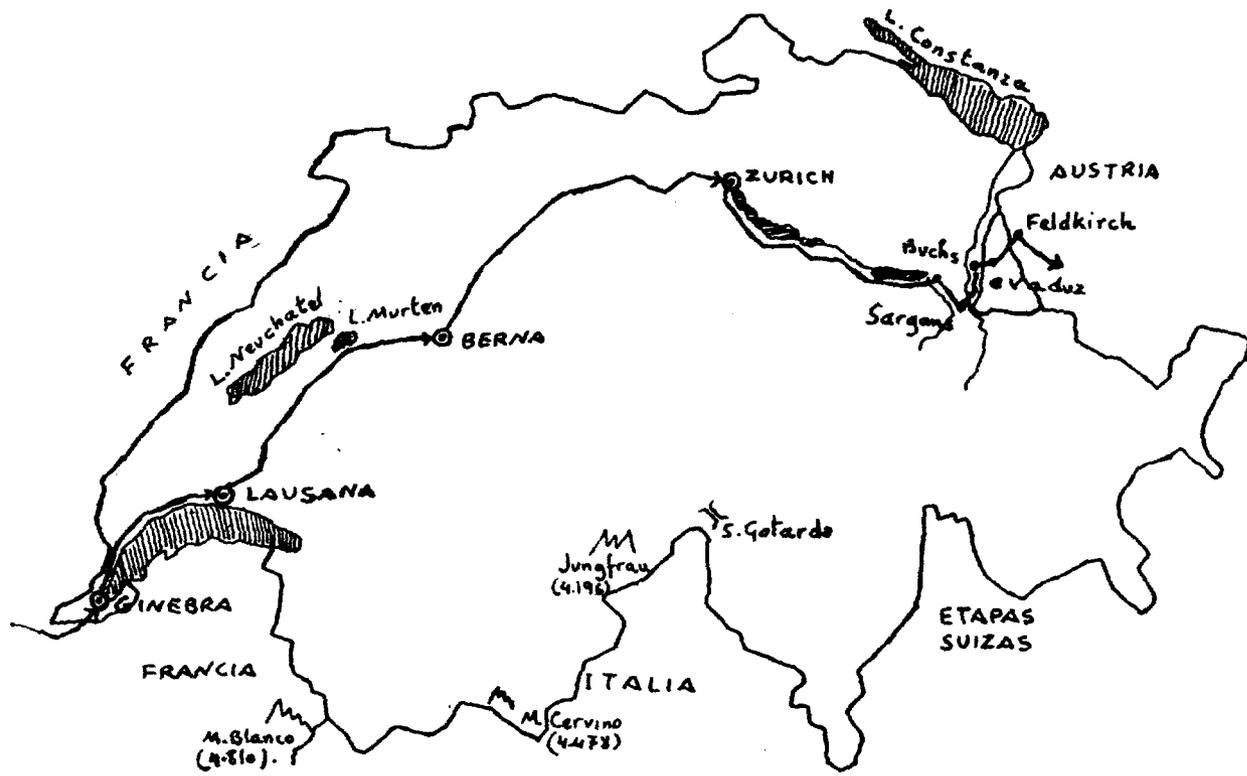
En el itinerario urbano de salida, los cronistas pueden todavía observar algo más: el emplazamiento de la famosa Feria Internacional de Lyon, a lo largo de la orilla izquierda del Ródano, en una zona suburbana de modernísimo ensanche. La Feria nos hace recordar que Lyon es, en verdad, como dicen sus habitantes, un «*carrefour européen*». Centro industrial de primer orden, no sólo en lo textil (su trabajo tradicional), sino además en la metalurgia y en la química. Ahora mismo se está celebrando (es el ahora histórico, cuando la visitamos) la 46 Feria Internacional (15 a 23 de marzo). Lyon centraliza el trabajo de la seda de todos sus alrededores (Tarare, Roanne, Jura meridional y hasta Saint Etienne); el del algodón de Tarare y Amplepuls, y de ambas fibras del Bajo Delfinado. Sus relaciones comerciales para traer seda y elaborarla llegan hasta el Extremo Oriente. Por eso, además de sus «Quais» ribereños, está rodeada de una corona de estaciones ferroviarias.

En Lyon hay, entre otros varios museos, uno que merece particular mención y su visita en otro viaje: el Museo Histórico de los Tejidos. No son sólo los de la región. Hay coptos, bizantinos, sasánidas, egipcios, musulmanes, orientales de Asia, persas, sicilianos. Y telas bordadas por españoles e italianos de los siglos xv y xvi, cuando nuestros bordadores hacían maravillas para toda Europa. Y encajes... Pero los cronistas no han podido verlos. Seguimos estando en Francia, etapa, mera etapa del viaje. Quede aquí la nostalgia del deseo. Y agradezcamos la parada de tres horas para ver algo que vale quizá más que los museos: la vida misma.

## ENTRAMOS EN SUIZA: LAUSANA

Entramos en Suiza, cuando anochece, por el puesto fronterizo de Meyrin. Los cronistas advierten ya en la frontera algún cambio. Apenas sabrían, de momento, explicar qué es. Quizá una mayor seriedad, cierta adustez. Apenas policía, dos uniformados y, de ellos, uno da la impresión de que ya se marcha, por haber terminado el servicio. Pero el que queda es meticuloso—friamente correcto—en la revisión de los pasaportes, uno por uno, mirando cada rostro para ver si coincide con la fotografía. Paredes de cristal y aluminio en el puesto fronterizo. Detrás de ellos, una sola mujer haciendo limpieza de algo—suelos, paredes—que no tiene la más mínima mácula de suciedad. Estamos en Suiza.

Apenas obtenido el permiso de entrada, a mano izquierda, una exposición de automóviles. Son sólo diversos tipos y colores de la marca inglesa más cara y famosa: Rolls-Royce. No hay duda. Estamos en Suiza, país de alto nivel de vida y de millonarios. Al parecer, Zurich, ciudad que visi-



Itinerario a través de Suiza desde Ginebra a la frontera austriaca,

taremos, es la de más densidad de millonarios de Europa. Por lo que vamos hoy de Ginebra—volveremos mañana, a visitarla—, tampoco Ginebra debe de estar flaca en tal clase de habitantes. Estalla de luces, de escaparates muy lujosamente dispuestos, aunque nos da la impresión de que no hemos entrado por el centro de la ciudad, sino que la estamos contorneando. En efecto: entramos en una *autorruta*. Se interrumpirá muy pronto, por obras; hacemos una desviación, pero volvemos a entrar en ella en seguida y ya no la dejamos: 61 Km. de autorruta hasta Lausana, que es hoy nuestro destino. Ancha, hermosa, con tres direcciones por cada lado y un pavimento perfecto, sin la más mínima desigualdad. Al principio no nos damos cuenta, porque hay oscuridad fuera del haz de luces del autocar, de un nuevo hecho. La autorruta está cruzada, en alto, por numerosos puentes. Son tantos, que comienza a interesarnos su posible número. Son, además, bellos. Tienen un perfil en cemento de línea suavemente curvada hacia los estribos. Sirven para las carreteras transversales. Al día siguiente, los cronistas (con algunos otros expedicionarios) se entretienen, haciendo el camino inverso de día, en contar estos puentes de las carreteras transversales. Quedamos de acuerdo en que a lo largo de 61 kilómetros hay 41 puentes de paso superior. Un ingeniero—marido de una Profesora de Zaragoza—que viene con nosotros en la expedición se entretiene en hacer un cálculo aproximado. Resulta una cifra abrumadora por kilómetro de autorruta, a precios españoles. No la reproduzco porque era una estimación aproximada. Pero se comprende bien que el gasto de construcción de una obra así, sobre todo por el número de pasos superiores en tan corto kilometraje, sea extraordinario. Ello nos da también una idea del tráfico existente por este corredor Este-Oeste que es la meseta suiza, entre los Alpes y el Jura.

Hay niebla en la noche. Por eso apenas vemos algunas luces por el lado de tierra; pero no advertimos—como ocurriría si la noche estuviera clara— las iluminaciones de Thonon y Evian, que deberían verse en la otra orilla del lago Léman.

Envueltos en la bruma llegamos a Lausana y por eso casi entramos en ella por sorpresa. De repente, sobre nosotros, la esbelta silueta de una alta torre (un edificio comercial, modernísimo) llena de luces y escaparates con la variedad de un bazar. Es la famosa «*Tour Bel-Air*», que se alza al lado mismo de las arcadas de uno de los más grandes viaductos que permiten la circulación por esta ciudad populosa (130.000 h.), construida sobre varias colinas y sus correspondientes barrancadas, que bajaban hacia el antiguo puertecillo de pescadores de Ouchy, a orillas del lago.

Los del autocar de los cronistas se hospedaron en el Hotel Léman, en la parte más animada y céntrica de Lausana, al lado mismo de la Torre y de un barrio de Bancos que más parecían palacios. Realmente, pensamos después, parecían lo que son: palacios de la riqueza más segura y secreta del mundo. Suiza, país de la Banca, nos ofrecía ya en Lausana su imagen más sincera y auténtica. Apretados unos contra otros, más que en competencia, parecían—y lo estaban—en colaboración.

En el Hotel Léman había también el inevitable español: un galleguito

joven, de diecinueve años, que se puso muy contento al ver llegar juntos a tantos españoles. Y más contento, cuando descubrió que algunos eran gallegos y de Sarriá. Y que conocían al médico y al cura de su pueblo. Tan contento se puso, que al día siguiente, con el desayuno, nos ofrecía a cada uno de los 43 que estábamos una tarjeta de Lausana que valía 0,30 francos suizos. Pero el galleguito ganaba bastante: de 7.000 a 9.000 pesetas por mes y mantenido. Así que el hombre era feliz, aunque tenía «saudade» de su Galicia.

El cronista—no la cronista—, pese a hacer frío, mucho frío, apenas cenado, se lanzó a la calle con la pretensión de llegar hasta la orilla del lago. Ilusión de los planos, aunque estén a escala y uno sea desde hace ya tantos años Profesor de Geografía. Con tres amigos, bien metido en la gabardina, a la que previamente se la había puesto el forro de piel, tomó como primera medida el camino más corto hacia la estación. Uno de los acompañantes —más inteligente que los otros tres que quedábamos— dio media vuelta apenas barruntó la nieve. Los demás no lo creíamos. Pero «Petit Chêne» abajo, hacia la avenida de la Estación, comenzó la nevada. Al principio, tranquila y mesurada, como un buen burgués suizo que sale a dar una vueltecita; luego, rápida y densa, de voluminosos copos. La estación había quedado ya atrás, grande, luminosa, como una tentación para detenernos. Nosotros seguíamos descendiendo. Pero la nieve, por fin, nos paró. El lago tendría que esperar. Y esperamos nosotros, medio aterrados, hasta que pasó el taxi que nos conduciría al Hotel Léman, no al lago Léman.

El cronista es hombre tenaz; la cronista es mujer paciente. Por eso el cronista se levantó muy temprano y volvió a echarse a la calle, esta vez solo. Llevaba en bandolera, además, unos prismáticos grandes que compró en Santa Isabel de Fernando Poo, en junio pasado. Menudo frío debieron pasar los prismáticos. Porque la nieve seguía allí, en las calles y plazas y en las carrocerías de los coches, que pasan las noches al fresco. Pero el cronista tuvo algún premio a su constancia. Vio poner, en esta ciudad tan alegre y rica, tan comercial y bancaria, los primeros puestos del día, en plena calle. Suiza tiene estos contrastes. Conserva un cierto aldeanismo, lleno de encanto. Los mercadillos públicos (verduras, frutas, flores, quesos) animan las calles y plazas con un colorido campesino durante las primeras horas de la mañana. Pero a las doce, levantados ya los puestos, unas máquinas «muy siglo XX», no barren, sino que «absorben» las muy pequeñas, casi imperceptibles e inevitables, muestras de papeles o recortaduras, nunca basuras, que hayan quedado en las calzadas. Allí mismo, al lado del hotel, en la plaza de la Louve, el cronista vio también la primera de las muchas fuentes hermosas, un tanto barrocas, policromas, que después vio en Suiza. (¡Ah, fuentes inolvidables de la Marktgasse, de Berna!)

El cronista, por sí después la cronista no se atrevía por la nieve y los desniveles y escaleras cuesta arriba (en lo que se equivocó, porque la cronista para «andar y ver», que decía Ortega, se pinta sola), marchó hacia la Catedral, desde donde se prometía ver un amplio panorama y hasta el Monte Blanco. Pero de blanco no vio más que el caserío y los tejados de



Lausana: aspecto del Lago Lemán, en uno de los embarcaderos. Motores de todos los tipos cruzan las tranquilas aguas del lago, uno de los más bellos de Suiza.

Lausana. Ni siquiera—aún—el lago, que seguía oculto, aunque estaba tan cerca, por una cortina de niebla un poco lejana. Se conformó con ver llegar a los estudiantes a la Universidad, rodear la Catedral y por fin entrar en ella. ¡Qué frío! No, no era el frío físico, que ya iba decreciendo, mientras la nieve que cubría los automóviles se deshacía. Era el frío interior. La Catedral, dedicada al culto protestante, aunque bella y de grandes dimensiones, de estilo gótico, con ciertas características borgoñonas (nartex, ausencia de capillas absidales), está convertida en salón de conciertos, porque se van a celebrar, con motivo de la Semana Santa, unos recitales de órgano. Nunca hay en ella imágenes. Ni siquiera la de Cristo. En una especie de sacristía lateral, un altar con la Biblia abierta, donde al parecer se leen las plegarias y desde donde se dirige el culto. Hasta las esculturas de los Apóstoles que ornaban la puerta meridional quedan dentro, a un lado del crucero, puestas como exposición artística, no a la veneración de los fieles.

Ya los dos cronistas juntos, después de desayunar, hemos vuelto a subir a la Catedral. Luego hemos ido a ver el castillo, una poderosa pero bella mole de piedra y ladrillo, del siglo xv, que habitaron primero los Obispos de Lausana, luego los «baillios» de la región y que hoy es dependencia del Consejo cantonal.

Al descender hacia el museo (ya queda dicho que los cronistas somos cazadores de museos), nos encontramos con un gesto «social» o administrativo que conviene destacar, para posible enseñanza de Municipios españoles. En una calle no muy ancha, junto a la esquina del Palacio de Bellas Artes, dos magníficos y añosos árboles han sido respetados en el centro mismo de la calzada. El pavimento sale a dos centímetros de la corteza. Da la impresión de que los automóviles detienen algo su marcha, como si los añicados árboles fueran un peatón conocido al que hay que saludar.

Lausana tiene un museo muy interesante. Forma parte de un edificio con majestad y riqueza, en el que también está la Escuela de Arquitectura y la de Bellas Artes. No es muy numeroso, en sus piezas, pero es selecto. Lo primero que nos salta a la vista—y es, sin duda, para el gusto de los cronistas, lo mejor que contiene—es precisamente una *Natividad* catalogada como de un «amigo del Giotto»; que tiene una indicación: «Legado de F. Cambó», el mecenas catalán que tanto obsequio ha hecho a varios museos de España, Europa y Argentina. En este museo hay, además, cinco obras de nuestro Utrillo. Pero su interés más específico está en la pintura de suizos, y más concretamente valdenses, y en contemporáneos.

Entre los suizos destacan F. Bodion, con magníficas acuarelas paisajísticas del lago Lemán; Burnam, Belier, Valloton, Auberjonois... A los cronistas les gusta también mucho un holandés que no conocían: Anker, con una *Abuela* y un *Secretario de Ayuntamiento*, cuadros de género de interior, llenos de buena técnica y de ternura; un Mignard: *Madame de Bourbon*; un Rigaud: *El Duque de Nemours*, cuya armonía de color es admirable en el ropaje; un muy estructurado y colorista bodegón, de Cézanne; una tabla de pintura avanzada y bella, de Matisse; algunos Renoir y Degas...

Con la imagen de las acuarelas lemanianas de Bodion, los cronistas se

dirigen ya al lago Léman. Toman un tranvía para bajar y para mezclarse algo más con la vida suiza. La cronista hace observaciones de sociedad, porque todo hay que verlo. Todo el mundo va muy bien vestido; todo el mundo habla muy bajo o no habla; en los tranvías, muy frecuentes, siempre hay sitio; hay también calefacción. Cuando paran y abren sus puertas, sale una bocanada de aire caliente, pero aséptico, sin olor. En la puerta de uno de los teatros de Lausana vemos que se están poniendo, por una compañía francesa, obras de García Lorca; en otro, algo de Lope de Vega que no recordamos. Presencia de España en Suiza: clásicos y modernos.

Hemos podido ver, por fin, el lago Léman. El tranvía nos ha dejado a su orilla, en Ouchy. Lo que antes era, hasta hace un siglo o menos, una aldea de pescadores, ahora es un puertecillo de recreo y lujo. Muchas embarcaciones atracadas, porque no estamos en *saison* todavía. Muchos hoteles de tres estrellas. Muchos árboles y césped. Muchos cisnes bogando indolentes y elegantes por el lago. Esta imagen de los cisnes se repite luego por los lagos suizos. Sacamos desde ahora factor común. Y un monumento original, a la orilla del lago: una fuente con inscripción que acredita es un recuerdo de la Academia del Cantón de Vaud, que representa, en alto relieve bronceado inconfundible, tres cabezas de asnos bebiendo en la taza de la misma fuente. Los cronistas no saben encontrarle explicación. Alguien hizo un comentario malévol. Los cronistas tienen mucho respeto a las Academias...

Pero, a pesar de estar a orillas del Lemán, del Monte Blanco, nada. Según todos los informes y mapas, el Monte Blanco está ahí mismo, enfrente de nosotros. Pero ahora no hay enfrente más que una fina niebla intraspasable. Nos hemos de ir de Suiza sin ver el Monte Blanco. Volvemos en el metro. Estación casi vacía. Sels o siete personas. Cuando llega el tren, se abren automáticamente («*ne poussez*») las puertas de la sala de espera, que podría ser quirófano de un hospital. El metro de Ouchy no es subterráneo, sino funicular, de cremallera. Vamos subiendo por una trinchera excavada entre casas elegantes y palacetes y hoteles. Nos deja en lo alto de uno de los numerosos viaductos, con media ciudad a nuestros pies. El resto del camino hasta el hotel lo hacemos, a mediodía, a ple, por una ciudad que se adivina rica, alegre y confiada...

## GINEBRA

Por la tarde hemos ido a Ginebra (176.000 h.). La autoestrada aún nos parece mejor que anoche. Es ahora cuando hemos contado los puentes de los pasos superiores transversales. Ginebra tiene mucha mayor extensión de la que cabría esperar por su censo. Su trazado está concebido con grandiosidad, a ambas orillas del Ródano y de un pequeño afluente, el Arve, que se le une precisamente dentro del casco de la ciudad, en «la jonction». Hemos parado en los jardines que hay junto al Quai de Mont Blanc, en la zona del puerto, que más parece, por su belleza y limpieza, una decoración. El puente del mismo nombre está adornado con grandes banderas



Vista de Ginebra, desde la rada. En primer término, el puente de Mont-Blanc, tras el que se observa la isla de Rousseau. A ambas orillas se levantan algunos de los monumentos característicos de la ciudad, que aquí aparece envuelta por la lluvia y la niebla, circunstancias que impidieron lograr una foto más nítida de tan bella perspectiva.

de todos los cantones de Suiza. El aspecto que ofrece es fantástico. Casi se pasan los cronistas de largo del monumento a J. J. Rousseau, en la pequeña isla existente entre los puentes, con acceso desde el segundo.

Juan Jacobo Rousseau es el ginebrino por antonomasia, y no sería respetuoso—sean cualesquiera las diferencias que de él nos separen—pasar sin contemplar su monumento. En cambio, no hemos ido al de la Reforma, que suelen visitar tantos turistas. En la necesidad de seleccionar, hemos preferido, en esta tarde ya soleada, ir hacia el barrio antiguo, al principio, para rodear la Catedral de San Pedro (hoy dedicada también al culto protestante), pues estaba cerrada; callejear por estas pequeñas, estrechas y tortuosas calles medievales, y, por fin, perdernos un poco por las vías amplias y modernas (du Rhône, de la Rive, de Terrasière).

La otra significación de Ginebra es la internacional. Y por eso hemos querido ir también al Palacio de las Naciones, rodeado por el Parque de Ariana, donde se encuentra uno de los museos más interesantes de Europa, por la rareza y la calidad de sus piezas: el Museo de Cerámica (suiza, europea y de Extremo Oriente). En él tiene también su sede la Academia Internacional de Cerámica.

Ginebra nos sabe a poco. Tenemos que despedirnos, sin verlo, del Museo de Arte e Historia, con cuadros de Konrad Witz, Rigaud, Philippe de Champagne, Quintin Latour, Corot... «La vida es así.» Adiós, Ginebra.

## LA SORPRESA DE BERNA

Cuando a uno le dicen que una ciudad es bella, queda preparado para recibir la impresión de su belleza sin sorpresa. A los cronistas les había advertido de la belleza de Berna nada menos que un tan buen catador como el Marqués de Lozoya. Pero no fue bastante la preparación. Pues Berna tiene una belleza singular. Recatada, sencilla, esta ciudad es, sin embargo, o precisamente por ser así, algo muy diverso de todas las demás.

El viajero queda preparado, en cierto modo, por todo el ambiente del campo y paisaje que le rodea y precede. La Suiza bernesa, que no es la de los grandes macizos montañosos, es plácida y suave. Las montañas, a ambos lados de la carretera que nos conducía desde Lausana, por Moudon, Payerne y las orillas del lago Murten («Murtensee»), quedan lejanas, en un plano perfectamente visible, bellísimas con sus recortadas sierras blancas, pero sin accidentar el horizonte inmediato. A nuestra izquierda, más allá de los lagos de Neuchâtel y Bielersee, se levantan los picos de Chaseron (1.611 m.) y Chaseral (1.610 m.). A nuestra derecha, o sea, hacia el Sur, en la dirección de nuestra marcha, los Alpes de Friburgo. El poblamiento, en la llanura corredor por donde vamos, es incesante. Pequeños y preciosos pueblos y aldeas y casas aisladas, pero cercanas unas a otras, con un sistema viario denso, tupido, que cruza con su asfalto el praderío verde.

Hay, sin embargo, una gran variedad en todo lo que alcanza la vista. Va cambiando el arbolado (abetos rosas, en las vertientes orientadas al Norte; abetos blancos, de corteza que tira a gris; el pino laricio, que pierde

sus hojas en invierno y que ahora, cara a la primavera, en las laderas soleadas comienza ya a revestirse otra vez, alto y esplgado, menos frondoso que los dos anteriores; el pino cembro, de copa desordenada, tan diferente a todos los demás, que parecen peñados en simetría alrededor del alto y recto tronco).

Y lo mismo ocurre con las casas. Ante nosotros pasan sucesivamente los dos tipos de casa bernesa: Uno de inmenso tejado a cuatro vertientes, voladísimas sobre aleros valientes y saledizos; tejados de pizarra gris oscura. En uno de los lados, el tejado se recorta en gran arco, cobijando los largos balconajes de madera. Por los flancos se advierte siempre la granja y los abrigo para el heno y los carruajes. El otro tipo, que corresponde a las laderas y zonas más altas, es de tejado a dos vertientes, con inclinación desigual, también en pizarra, que avanzan cubriendo ampliamente los muros, en uno de los cuales se adosa la escalera exterior, que se prolonga en largo y ancho balcón de madera labrada, con molduras, como lo está igualmente de las consolas que soportan el peso del alero. El bernés de esas zonas altas llama a este tipo de casa «Shall», que significa pequeño castillo, y de donde al parecer ha salido la palabra, tan usada internacionalmente, «chalet». La casa bernesa del campo es una de las imágenes más interesantes que guardan en su memoria los cronistas.

Con este preludio, la visita a Berna colma las esperanzas de encontrar la bella ciudad anunciada. Paramos en la magnífica explanada de Grosse Schanze, cerca de la Estación principal. Como aquí (y para mayor exactitud desde Friburgo) ya predomina en todo el idioma alemán, los expedicionarios comienzan a tomar algunas precauciones. Anotarse por escrito el lugar de concentración. Llegada la hora oportuna, un taxi puede resolver en pocos minutos el problema de encontrarlo. Pero este lugar de aparcamiento aún no anuncia lo que es Berna. Corresponde a una zona de ensanche; quiere decirse, impersonal. Los cronistas, con un grupo, andando, pasan por delante del Museo de Arte. Saben que hay en él importantes primitivos sulzós de los siglos xv y xvi («Maestro de Berna» y «Maestro del Clavel de Berna», entre otros) y grandes salas de pintura moderna y contemporánea, sobre todo francesa (Cézanne, Manet, Van Gogh, Renoir, H. Rousseau, nuestro Utrillo, Rouault, Matisse, etc.), pero pasan de largo. Hay poco tiempo y se prefiere buscar el encanto de la ciudad. Y el encanto llega. Se llama, sobre todo, *Marktgasse*. La *Marktgasse*, continuada luego por la *Krammgasse*, forma como el eje del bucle con que el río Aare ciñe a la vieja Berna. La trazó el duque Bertoldo de Zähringen, con primitiva grandeza original. Entonces las ciudades solían tener las calles estrechas y tortuosas. Pero el duque la prefirió ancha y recta. No es fácil describirla. Cerrando a medias su perspectiva, la famosa «Torre del Reloj», de bellas proporciones y color dorado, con un remate de empinado cóncavo y pizarroso tejado. Data, al parecer, aunque con algunos aditamentos posteriores, del siglo xii. Muy cerca de ella, la Fuente Zähringer, del siglo xvi, abriendo la sucesión de otras varias que—situadas en medio de las amplias calzadas—van dividiendo la calle en sectores que se corresponden con la localización urbana de los antiguos gremios. A ambos lados, casas burguesas, comerciales, sobre anchos y severos soportales. A la orilla misma de la



Berna, la «ciudad de los osos», es la capital de la Confederación Helvética. En la parte superior el objetivo ha captado una panorámica de los barrios antiguos, vistos desde la Rosaleda. En la parte inferior, el Palacio Federal, dominando el valle del Aar.

calzada se abren poternas oblicuas, inclinadas, para acceso a las bodegas. Los cronistas se han sentido curiosos; han pedido permiso, en el idioma alemán menos malo que han podido encontrar, y han visto las bodegas de estas casas bernesas. Escaleras empinadas, hacia abajo, naturalmente, de un solo tramo; limpiísimas; amplias cuevas, en forma de túnel, ramificadas. Debajo de cada casa de la Marktgasse hay una bodega así. Era—su nombre lo dice—la calle del mercado. Estas casas las habitaban los mercaderes. Las fuentes de la calle son barrocas y policromadas. Representan la Justicia, guerreros, el oso bernés, el tonelero, etc. A la derecha de la Kramgasse está la Catedral, con una plataforma de jardines que proporciona una bellísima perspectiva sobre el Aare; a la izquierda, la «Rathaus» o Casa del Concejo municipal, un palacio de hermosa simetría a ambos lados de dos puertas gemelas, góticas, remontadas por un cuerpo saliente, adonde se accede por una doble escalera, también de trazado gótico, exterior. En lo más alto, un friso de blasones de toda Suiza. Delante, la inevitable fuente, de amplia taza de piedra. Esta fuente representa a un guerrero en armadura enarbolando el banderín del oso, animal heráldico y un poco totem de Berna.

Los cronistas, embebidos por la contemplación morosa, reposada, de este fragmento en que se quintaesencia la belleza de Berna, no han llegado hasta el «foso de los Osos». Quizás allí hubieran visto niños. Dicen que los hay. Pero aquí, como en Francia, son invisibles. No hay niños en las calles. Casi por excepción recordamos a unas estudiantes del Liceo Juliete Recamier que vimos en Lyon y a otros chavales, sin duda de Bachillerato también, que encontramos, con libros bajo el brazo, entrando en otro Liceo, en Lausana. Desde el «Rathaus» volvemos a salir a la Krammgasse y a la Marktgasse. Queremos de nuevo volver a contemplar el espectáculo de estas calles única y de sus fuentes. Preferimos, a cualquier otra posibilidad, fijar bien en nuestra memoria la imagen más detallada de este corazón antiguo y vivo de la vieja Berna.

## ZURICH Y LA SUIZA INDUSTRIAL

Cuando salimos de Berna aclara algo el tiempo, que no nos ha permitido ver, como hubiéramos deseado, los paisajes montañosos que la rodean. Sólo los hemos entrevisto, a veces, casi adivinado. Pero también estaba hermoso el cinturón de boscaje que circunda inmediatamente a Berna. Las notas de viaje de los cronistas acreditan que nos aclaró bastante el tiempo y que nuestros horizontes se alejaban; que las lejanías eran de prados y bosques y que, a medida que avanzábamos hacia el Noreste, el terreno del corredor bernés se hace más accidentado. Aparecen las casas de un nuevo tipo, el de Lucerna, aunque no pasamos por esta capital. La casa de la Suiza central, que observamos desde el autocar, es de grandes dimensiones, en tres y aun cuatro plantas, revestida de madera, muy señorial y distinguida, con tejado a doble vertiente y entrada por la primera planta, desde una escalera exterior en fachada lateral. Sólo por aquí tiene largo y ancho balcón, también tallado en madera. La línea de imposta de sepa-

ración de los varios pisos es siempre una larga y gruesa viga de madera labrada. El paisaje, siguen diciendo las notas de los cronistas, se arbola cada vez más. Alternan mucho—nos dicen los naturalistas que van en la expedición—los bosques de abetos con los de hayas.

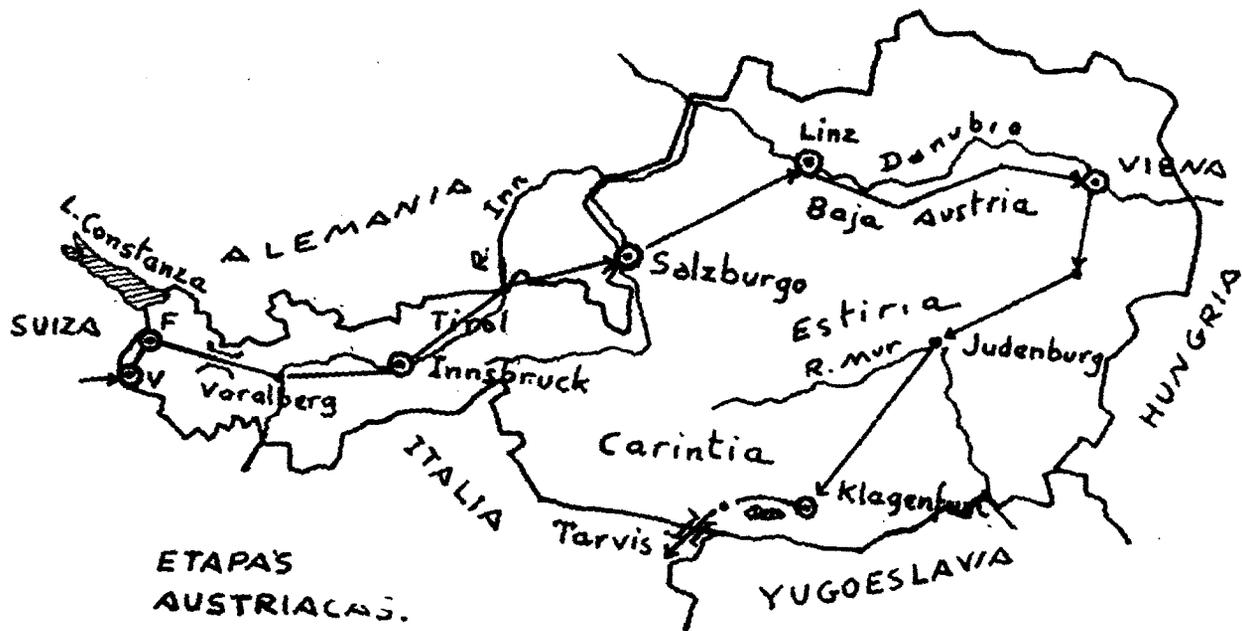
Cuando llegamos a Zurich (450.000 hs.), la ciudad más grande, populosa e industrial de Suiza, son las dos y media de la tarde. Comemos rápidamente, a pesar de la festividad del día. El cronista se llama José María y sus compañeros de Ciudad Real—Calatayud, Moreno Sobrino y Matos—han querido obsequiarle en este día de San José con champán que viene desde España y con unos libros sobre los celtas—gentes de estas tierras—que compraron en Ginebra anteayer. Los brindis con champán de Perelada no han impedido que salgamos en seguida a ver el *Landesmuseum* de Zurich, que cierra a las cuatro. Por fortuna, está cerquisima del Hotel Trumphy. No tenemos que tomar taxi ni tranvía. Una hora nos lleva la visita de la planta baja. No hay tiempo de más, porque el Museo cierra a las cuatro. Está instalado en un palacio rodeado de jardines. Es el verdadero Museo nacional suizo. Comprende piezas de toda clase, desde la Prehistoria a los tiempos actuales. No es sólo un Museo de Bellas Artes (tiene Zurich también otro Museo de Arte). Es igualmente un museo de artesanado, armería, folklore, muebles, trajes. Toda Suiza tiene allí su representación.

Los cronistas han localizado las Salas de Arte, porque saben que hay en ellas cosas que sólo aquí se pueden ver: Los frescos de Mustair, de la época de Carlomagno (principios del siglo ix), trasladados a este Museo en buena parte; dos hermosas plaquetas de marfil, también del mismo siglo, del Salterio de Utrech; el magnífico Crucifijo de madera, románico, procedente de la Abadía de San Gall, del 1100; otras tallas de la región de los Grisones, del siglo xii; una expulsión del Paraíso, de hacia el 1300, traída de San Juan de Munster; dos encantadoras Virgenes góticas, del 1330, de Silenen (Uri); primitivos, desconocidos, del xv, que pintan dísticos: la Anunciación y el Tránsito de María; en escultura encontramos una riqueza verdaderamente inesperada: imágenes de retablo y retablos completos. Los cronistas destacan en sus notas uno dedicado a Santa Ana, entre San Juan y San Egidio, de Sisikon (Uri); el de la Muerte de María, de Wallis, con tres extraordinarias figuras exentas, de la Virgen, San Andrés y San Juan Bautista.

La riqueza escultórica del siglo xv suizo se nos revela extraordinaria: el Maestro Jorg Kendel, en Biberach; el Maestro Mateo Miller, en Brionne; el llamado «Ostschwitzermeister» (Maestro de la Suiza oriental), que hace una «Adoración de los Magos» verdaderamente genial, y el «Maestro de los Claveles». Y tantos más que no podemos—ni debemos—consignar aquí.

Pero no hemos de cerrar este esquema de visión de la parte artística del «Landesmuseum» sin referirnos a las figurillas—encantadoras, expresivas, intencionadas—de la «Danza de la Muerte», de Basilea, una especie de auto sacramental escultórico, entre la sátira y el misterio.

A las cuatro los cronistas toman en la plaza de la Estación el tranvía número 11. No quieren que se vaya a la luz solar sin haber visto primero el lago de Zurich y el río Limmat. Nos lleva por la *Banhofstrasse*, la más importante y bella vía de la ciudad, que parte su zona central, entre el



Itinerario a través de Austria desde la frontera italiana hasta Italia para seguir por Udine a Venecia.

Limmat y el Sihl. La Bahnhofstrasse nos da la impresión de una vía moderna, comercial, de alto, muy alto nivel. Inmensa riqueza en sus comercios; agitación en los viandantes; por contraste con otras ciudades de Suiza, mucho peatón. Pero se advierte que es gente que va o vuelve de los establecimientos comerciales, o quizá que está saliendo del trabajo y pasea mirando escaparates. La cronista se hace la promesa de regresar andando. Hemos llegado por fin al Quaibrucke, el puente final al extremo de la calle. Hay una estación de vaporcitos; hay los conocidos y elegantes cisnes. Y el Palacio de la Bolsa y el Banco Nacional, como centrando toda la vida de la ciudad. Pero no las banderolas que tanto alegraban los puentes de Ginebra. Parece que esta parte de Suiza es más seria, quizá por más germánica. Todos los letreros—y todas las conversaciones—son ya plenamente en alemán.

Los cronistas se pasan al *Limmatquai*, porque comienza a restallar de iluminaciones. Pero antes—para dar tiempo a que la oscuridad haga resaltar más su belleza—van a ver la primera iglesia románica de Suiza, que queda a esta mano y está cerca. Subimos por unas escaleras, bajo un porche. No hay nadie. Un claustro románico, purísimo, pero tan restaurado o tan limpio que parece lo han construido ayer. No tiene la pátina del tiempo. La cronista observa que esto es demasiado aséptico. A la piedra habría que dejarla con su moho y su color de siglos. Por otro puente cruzamos el Limmat y nos dirigimos a la iglesia de San Pedro, que blasona de tener—y es verdad—la esfera de reloj más grande de Europa. No lo parece, sin embargo, por la proporción tan acertada que tiene su torre. Los cronistas vuelven a la otra orilla. Van trenzando caprichosamente su andadura, ahora en busca de una iglesia, ahora llevados de calleja en calleja, por las casas gremiales, que se conservan con mucha más autenticidad que aquel románico... Vamos por la *Niederdorgstrasse* y adyacentes, riñón mismo de la vieja Zurich, pero inmediata, paralela, a los *Quai* que se desarrollan a lo largo del río. Por una parte, río; por la opuesta, otro río; pero de escaparates atrayentes. Ahora llueve. La libreta de notas de los cronistas lo registra escrupulosamente. Nos alegramos. A Zurich, para estar en su salsa, le faltaba esta lluvia fina y fría que hace brillar la piedra de sus viejas casas gremiales, de sus estrechas calles medievales y—en las anchas, modernas—pone reflejos multicolores sobre el asfalto. Ahora Zurich, de noche ya y bajo la lluvia, está francamente bella: un nocturno en color...

## HACIA AUSTRIA

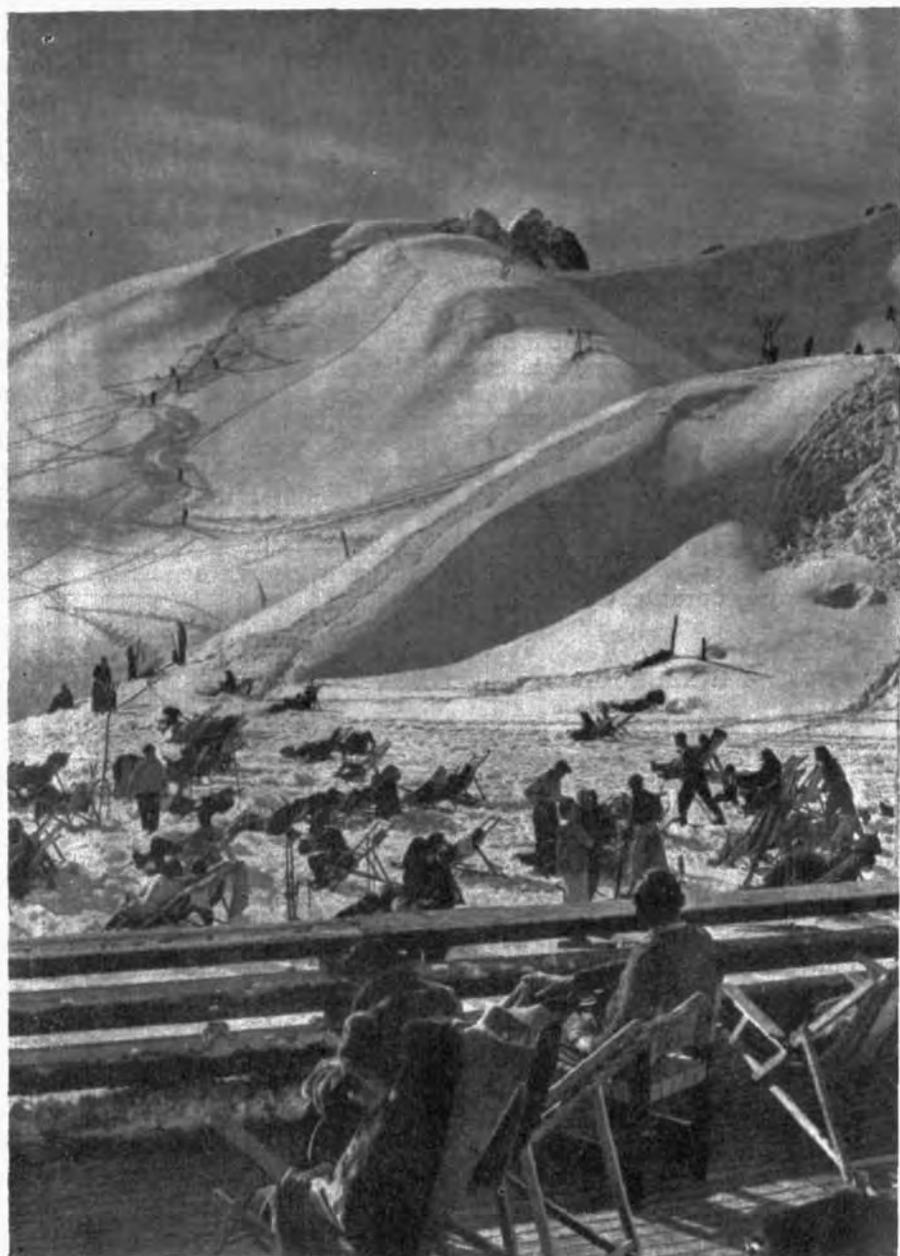
La salida de Zurich es por una carretera que bordea el lago por su orilla Sur, por Thawill, Horgen, Halenswil y Lachen, a lo largo de unos 40 kilómetros. Por la derecha de nuestra marcha, apoyados en las suaves inclinaciones de las colinas que separan el lago de Zurich del de Zug, se ven infinidad de pueblos pequeños y grandes, casi ciudades, que nos proporcionan una buena idea de la intensidad del poblamiento de esta Suiza germánica. En seguida, tras otros pocos kilómetros, llegamos a otro lago, el Walensee, que contorneamos también por su orilla meridional. Luce el sol.

El cronista se anima a hacer desde el coche más diapositivas en color, porque se percibe perfectamente la otra orilla y la corona de los pueblecillos que lo rodean. Estamos en la Suiza industrial por antonomasia. Pero es una industria sin humos ni suciedades, movida por electricidad. Un poco al Norte, antes de llegar al lago de Constanza, está también la Suiza que fue centro de espiritualidad: San Gall, cuyas muestras de arte románico del más alto valor hemos podido ver en Zurich. Pronto entramos en Sargans. Al paso vemos fábricas que más parecen laboratorios. Tomamos hacia el Norte, en busca de Buchs. Avizoramos el campo, porque sabemos que de un momento a otro veremos el Rhin y hemos de cruzarlo. Pero antes, un indicador hacia la derecha nos avisa: Vaduz. Cruzaremos el pequeño Principado, que no tiene siquiera frontera, sino un mero cartel con su escudo herálico y el nombre: «Fürstentum Liechtenstein». Nos da, al pasar, la impresión de una montaña casi cónica, arbolada, lamida a su pie por el Rhin. La carretera se interna por el Principado, sin que los gendarmes detengan la caravana de autocares. Y en seguida, el Rhin, apenas visto, pero sentido, como río cargado de Historia, siquiera por aquí haya transcurrido siempre así, como lo vemos ahora: niño tranquilo y pacífico, sin castillos heroicos ni revanchas patrióticas, que ha dejado para aguas abajo, mucho más allá del lago de Constanza.

Pasando el Rhin nos hemos despedido de Suiza. Le perdonamos que nos haya hurtado el Monte Blanco y algunas perspectivas alpinas. Lo que sus nieblas de primavera nos han dejado ver es bastante para que los cronistas le rindan su gratitud y la esperanza de otro viaje más detenido.

#### AUSTRIA: VORARLBERG

En Feldkirch estamos ya en Austria. Las formalidades aduaneras han sido elementales y cordiales. Pero en las oficinas de cambios, como hemos coincidido todos los autocares, se han formado grandes aglomeraciones. Dicen que en Feldkirch hay murallas y bellas casas medievales que conservan, con sus arcadas, su tipismo histórico y local. La verdad es que nadie las hemos visto. Pero lo que vamos a ver esta mañana colma todas las medidas más exigentes. Los cronistas no necesitan ahora consultar su libro de notas. Saben, porque nunca lo olvidarán, que cuando entramos en la bellísima región alpina, francamente montañera, del Vorarlberg lucía un sol espléndido. Hasta los más gruñones de los días anteriores, cuando les era difícil hacer metros con el tomavistas, enmudecen ahora ante el espectáculo. El Vorarlberg es la región alpina que se extiende desde la orilla misma del lago de Constanza, hasta el alto Tirol. Nosotros no hemos visto, después de haber pasado el puerto de Arlberg, es decir, descendiendo ya hacia el valle del Inn, las praderas que dicen visten a la región desde que comienza la primavera. La primavera aún no había llegado a aquellos parajes en ese 20 de marzo que la tenía estacionalmente que anunciar. Nosotros lo hemos visto todo con nieve y abetos oscuros y esquiadores por todas las laderas. Nosotros lo hemos visto como una serie de gigantescos brillantes de hielo, tallados sobre los «horns» en picos inverosímiles y



Innsbruck, paraíso de la nieve. En él se celebran concursos internacionales de esquí, que congregan a reyes, aristócratas, financieros y «estrellas» de todo el mundo. Sobre la Seegrube —en la foto—los esquiadores gozan del sol, el aire y el paisaje.

ofreciendo facetas casi geométricas a la luz solar. Nosotros lo hemos visto bajo un cielo azul y sin nubes, sin preocuparnos siquiera de que en cualquier momento hubiera que parar el autocar para calzarle las cadenas. Por aquí hay soledades; no se ven aldeas apenas. Pero, de cuando en cuando, surgen en cualquier recodo de la carretera una vez y otro los hoteles, abiertos en esta época porque los amantes del esquí y del montañismo son muchos. Van andando por la carretera, con sus pantalones, sus jerseys y sus *anoraks* multicolores, apoyados en el grueso bastón de rueda y los esquíes al hombro; se deslizan raudos por cualquier pendiente, porque todo son pistas; dejan las rúbricas de su alegría y de su destreza, sobre la nieve, sin romper en el trazo su blancura... En lo más alto del puerto de Arlberg está St. Christophen; los automóviles del aparcamiento forman como una gigantesca tortuga, ante los hoteles concentrados en la breve explanada. Están todos bajo una misma masa uniforme de nieve. Un poco más abajo, St. Anthon, con igual aglomeración de esquiadores. En St. Anthon comienza ya el Tirol. Desde St. Anthon y St. Christophen contamos nada menos que cuatro teleféricos hacia el Galzig y el Vallugagipfel (2.311 m.). Se trata, sin duda, de uno de los centros de deportes de invierno más famoso de Europa. Y más concurridos. En cambio—se dice—, casi nadie conoce la belleza de sus *alpages*, de verde tierno, durante el verano.

## EL TIROL E INNSBRUCK

Desde St. Anthon toma la carretera el valle del Inn, que corre a la derecha de los viajeros. Carretera y río son inseparables hasta la misma entrada a Innsbruck. Vamos por su valle estrecho y hondo. La cronista se lanza a unas reflexiones muy sustanciosas sobre estos valles alpinos que hacen sociables a los gigantes de la orografía. El valle del Inn es una buena, excelente prueba de sociabilidad. Se abre desde el corazón mismo de una región montañosa hacia los Alpes bávaros, entre colosos de 2.000 a 3.000 m. que le son absolutamente vecinos. Desciende con rapidez y facilidad. En St. Anthon está a 1.218 m. de altitud; 19 Km. más abajo, en Ludenz, ya sólo a 816 m.; 50 Km. más abajo, en Innsbruck, a 574 m. Así, este paso ha sido siempre uno de los grandes corredores de Europa. Los montes tienen su nombre terminado en «spitze», para indicar topónimicamente que son verdaderos picos; otras en «stein», como nuestras «peñas». Dos cordilleras (Parseierspitze, Müttekopf, Roterstein, Zugspitze, por el Norte, y Glockturm, Wildspitze, Schrankogel, por el Sur, algo más lejana) flanquean el valle del Inn. La toponimia aún registra la frecuencia de la raíz *wild*, salvaje, como corresponde a esta topografía juvenil, de formas agudas y violentas; otras raíces (*glock*) nos hacen evocar los horribos ruidos de las tormentas sonando como gigantesas campanas en las soledades de las cumbres. Así han visto los cronistas el Tirol, como una original e inesperada mezcla de un valle riente y cantarin y unas cumbres nevadas brillando como joyas al sol de marzo; es decir, a un sol recién nacido de primavera.



En el barrio viejo de Innsbruck se levanta el «símbolo» de la ciudad, el «Goldene Dachl» (el «tejadillo dorado»), construido en tiempos del Emperador Maximiliano I.

Vemos al pasar los chalets tiroleses, en cierto modo parecidos a los de la región suiza de Lucerna; con tejado menos empinado a dos vertientes, construido en madera, con dos o tres plantas, aunque la primera bastante alta sobre el suelo, pero sin escalera exterior. Los balcones suelen rodear tres de las cuatro paredes y son muy volados, aunque siempre quedan protegidos por el vuelo mayor del alero. Y vemos también a los tiroleses, caracterizados no sólo por su sombrero de ala pequeña, con la pluma, sino además por su indumentaria de colores alegres y chillones y sus abrigo de tonos claros, con un gran fuelle atrás. Naturalmente, es la cronista quien hace estas observaciones, que también son (¿por qué no?) geografía humana.

Con esta y otras cosas, con incesantes disparos de la Yashica automática, hemos aquí llegados a mediodía a Innsbruck.

Con Innsbruck les ha ocurrido a los cronistas, corregido y aumentado, algo de lo que les ocurrió en Berna. Con la agravante de que, por no estar advertidos, la sorpresa ha sido mucho mayor. En Innsbruck pensaban los cronistas relacionándolo con Carlos V y con Maximiliano, que tiene allí parte de su monumento funerario (la otra parte nunca se terminó). Con lo que no pensaban encontrarse es con esa cosa difícil, muy difícil, que es la belleza casi absoluta. La ciudad del puente del Inn tiene historia muy larga y brillante y tiene Prensa reciente y también brillante, con motivo de los últimos juegos olímpicos que se han celebrado allí el invierno pasado. Lo que no tiene, que sepan los cronistas, es la descripción relampaguante, deslumbradora, como es la ciudad, que merece. Y esta impresión es, por lo que hemos podido recoger, la que han recibido todos los expedicionarios. Después de pasar incluso por Viena o Venecia seguían hablando de Innsbruck como de una revelación.

La cosa es que los cronistas tampoco sabrían decir por qué con cabal exactitud. Su Mariatheresien Strasse es una bella calle y nada más; su Herzog Friedrichstrasse es otra bella calle y nada más. Así podríamos seguir analizando. ¡Ah, pero el conjunto de Innsbruck; su contorno de montañas, las bellas riberas de su río, la belleza y el color de sus casas, no ya de sus monumentos, son realmente singulares! Los cronistas, por si acaso un horario imprevisto les hacía una mala pasada, se fueron ante todo al Hofburg y a la Hofkirche, donde está el cenotafio del Emperador Maximiliano, por devoción histórica hacia su nieto y también a él mismo y a toda su dinastía que supo durante tantos siglos mantener sobre suelo europeo, contra tantas invasiones, la marca oriental de la cristiandad y luego mantener también, contra la Reform, la ortodoxia católica. Que no es poco y cuya significación aún apreciamos más viniendo desde las desnudas iglesias de Suiza. Vimos, pues, el Palacio Imperial, con su Sala de los Gigantes, pero nos detuvimos sobre todo en las estatuas que forman el monumento funerario de Maximiliano. En torno al catafalco, de bronce, las 28 grandes estatuas que le rodean, con ascendientes y descendientes suyos, cuyos diseños, de muchas de ellas, se deben a Alberto Durero. Entre los miembros de su familia, nuestro Fernando el Católico, por cierto con armadura ornada de castillos y leones, y no—por error—de barras aragonesas; Juana la Loca; Margarita, hija del Emperador, que matrimonió



Cuatro de las 28 grandes estatuas que rodean el catafalco de bronce del Emperador Maximiliano, en la Hofkirche, de Innsbruck. Entre dichas estatuas se encuentran las de Fernando el Católico, Juana la Loca y Felipe el Hermoso.

con el Príncipe don Juan, que es una de las más bellas y ricas esculturas; Felipe el Hermoso, cuya cabeza no acredita el apelativo, ciertamente, como tampoco otra iconografía conocida del personaje. Es excelente, por la riqueza un mucho barroca de la línea escultural y la finura del trabajo en bronce, la imagen del Conde Alberto de Habsburgo y, dentro de una mayor serenidad, la de Arturo, Rey de Inglaterra.

El sarcófago de Maximiliano está rodeado y enriquecido por 24 relieves en mármol, representando bodas, victorias, conquistas y coronaciones. Ya es sabido que la Casa de Austria comenzó los buenos auspicios de su poder europeo con matrimonios felices y pingües, aunque luego la dilatación de sus reinos fue causa de su envolvimiento en toda clase de guerras y responsabilidades históricas.

En el coro, los cronistas vieron la otra parte del nunca terminado mausoleo: pequeñas figuras de santos y solemnes cabezas de Emperadores romanos. Que tanta era la gloria que para sí y para su Casa quería Maximiliano de Austria.

Los cronistas quedaron con esto muy a bien con su conciencia de profesores de Historia y, dejando las reflexiones para otra ocasión, disfrutaron unos momentos ante el parque del palacio y se fueron a callejear. Naturalmente, al «pequeño techo de oro», que al parecer mandó edificar un Duque algo tramposo, para que sus acreedores creyeran en su riqueza y no le molestaran con sus cuentas. Pero allí mismo está la «Stadturm», la torre de la ciudad, precioso edificio civil, de base cuadrada y coronamiento octogonal, del Renacimiento, y la «Helblinghaus», que le hace frente, con con una espléndida fachacha rococó, rica en elementos decorativos, ardiente en el color que bordea las ventanas. En su planta baja, cabe un gran arco o porche, una lápida anuncia que allí—en la «Goldener Adler», que también campea heráldicamente sobre la puerta, al modo medieval, han vivido o se han hospedado, muchísimos hombres ilustres. Entre ellos vemos «el oficial español del Emperador don Pedro de Osuna». Y el Cardenal Granvela. Y Goethe, y Schiller, y Beethoven, y Heine, y tantos más... Los cronistas entran. Paredes de madera, con casetones y molduras sencillas y clásicas. Mesas y sillas de madera, de buen estilo, sencillo y robusto. Guarda el carácter de sus viejos tiempos.

Los cronistas andan después por la orilla del río, se internan por el viejo Innsbruck (calle de los Caballeros, calle del Bautismo), miran de lejos la altura del Hafelekar, nevado, pero inmediato. Cuando anochece, la cumbre se ilumina con muchas ventanitas que corresponden a los hoteles que se han construido allí, cerca de las pistas de hielo...

Los cronistas vuelven por la calle María Teresa, rodean la columna de Santa Ana, admiran la animación de los escaparates de esta vía comercial. Van pensando en qué tiene Innsbruck y no encuentran una explicación suficiente. Pero cuando llegan al hotel los compañeros de los tomavistas, dicen que han agotado las existencias de rollos, que les duele el dedo de manejar el disparador, que esta ciudad es un encanto. Y como tiene encanto—y los encantos son indefinibles e inefables—, lo dejamos así. «No la toques ya más, que así es la rosa.»

## SALZBURGO Y MOZART

Para ir desde Innsbruck a Salzburgo hemos seguido primero la línea del mismo río Inn, con idénticas características: altas montañas nevadas nos flanquean; río, carretera y ferrocarril comparten el estrecho valle. Pasamos por Schwaz y Rattenberg; en Wörgl se ensancha el valle y nosotros tomamos por una carretera que se dirige hacia la derecha. Seguimos en plena zona alpina. Hemos de pasar—por St. Johann—al valle del Saalách, afluente del Salzach, a cuya orilla se encuentra la ciudad de Mozart. Pero antes pasaremos otra frontera. Es preciso atravesar la parte sudeste de Baviera (Alemania Occidental), para evitar un gran rodeo. El puesto fronterizo por donde pasamos es el Steinpass. Ha caído una gran nevada y desde la parte trasera de los edificios de la Policía y Aduana, mientras se evacúan los trámites reglamentarios, podemos contemplar un panorama grandioso; el valle está a nuestros pies, con un gran desnivel y las montañas fronteras destacan ante nosotros como un gran murallón. En cambio, a la derecha de la carretera, llegando hasta las mismas cunetas, un denso bosque de pinos y abetos nos cierra el horizonte.

Algún recuerdo que en esta zona de Baviera que ahora estamos atravesando tuvo su nido de águilas el Führer Hitler, en Berchtesgaden, en lo alto de una montaña que se alza dominando una hoya alpina rodeada de picachos de más de 2.500 m., en la cual se aloja también un pequeño lago: el Königsee. Nuestro paso por Alemania es breve; no nos detenemos y muy pronto otra parada fronteriza—mera formalidad de control—nos devuelve a la tierra austriaca. En la misma frontera entramos en una «autobahn»—la que viene desde Munich—, y en seguida, Salzburgo.

Los cronistas, como preparación del viaje, han leído hace unos días algunas biografías de Mozart. La cronista, sobre todo, es melómana y el romántico Mozart, como era inevitable, uno de sus músicos preferidos. Hay paisajes—y también paisajes urbanos—que exigen la sombra luminosa de sus personajes. El personaje de Salzburgo es Mozart. Pero el autocar nos lleva primero al Hotel Europa, cerca de la estación. Es algo muy diferente del ambiente romántico con que se sueña. Pero es también bello. Parece este hotel recién construido. Es una alta y armoniosa mole de catorce pisos, mas la muy alta planta noble a nivel de la calzada. Cada una de las plantas está señalada por los apaisados ventanales de aluminio y cristal. Por fuera está rodeado de jardines. Forma todo un conjunto hermoso, lleno de distinción y elegancia. Sin embargo, por el momento—hemos de volver aquí para comer—no nos detenemos. Salimos en busca de la casa de Mozart y del ambiente de la ciudad. Quizá lo más bello de Salzburgo nos estará vedado, por falta de tiempo: la vista panorámica desde el Hohensalzburg. Algunos compañeros lo lograron. Pero también la ciudad está llena de bellezas y decidimos tomar las cosas—y las privaciones—con filosofía. Y con música, aunque sea sólo evocada. La casa de Mozart está en el número 9 de Getreidegasse. Muchos de los expedicionarios deben de ser de nuestro mismo gusto, porque casi una mayoría nos encontramos allí. El idioma español se superpone, con su fuerte acento, al suave y cadencioso alemán, casi

susurrado, que hablan los austriacos. La casa de Mozart, en el tercer piso de un edificio modesto y sin carácter, tiene poco interés, a pesar de las piezas y recuerdos que en ella se conservan: su clavecín, retratos, regalos que recibió en la época de triunfo y consagración, antes de que el olvido de todos atenazara los últimos años de su breve existir. Pero conserva un halo de romanticismo y no se la abandona sin ternura y melancolía. La Getreidegasse y la Judengasse, que nos conducen a la plaza de Mozart, tienen un sello de vieja ciudad encantador; cuelgan las muestras variadas, multicolores, de signos expresivos, por las que se gulaban en las ciudades medievales los forasteros: «el león rojo», «el caballo blanco», «la dalia», «la flor de lis». Y como las casas tienen pátina, el aspecto general es pintoresco. Llueve. Alguien nos explica que en Salzburgo llueve mucho. Ahora la lluvia cae mansa y contenida. De todas formas, como en Salzburgo, por fortuna para ella, no hay fábricas, sus edificios no se ennegrecen y sus casas barrocas, con abundancia de imágenes, sobre todo de la Virgen, en hornacinas exteriores y con su alegre decoración, conservan sus vivos colores. Desde la plaza de Mozart hay una bella perspectiva sobre la otra orilla. Enfrente está la alta mole arbolada de la «colina de los Capuchinos» (Kapuzinenberg). Es entonces cuando advertidos, panorámicamente, que Salzburgo, además de estar atravesada por el río de que recibe nombre (el Salzach), queda flanqueada por tres lados por sendas montañas: la de los Capuchinos, aquella en que se asienta el castillo (Hohen Salzburg), a la que se accede por un funicular, y la de los montes (Mönchberg). Por detrás del castillo, como incomparable telón de fondo, los altos picachos, rocosos y en gran parte aún cubiertos de nieve. El castillo, un gigante de muchas y muy variadas edificaciones, unas con almenas y barbacanas, otras más pacíficas y civiles, se levanta sobre la rica viva, que a su vez emerge de un zócalo de arbolado. Y todo el conjunto sobre la sinfonia policromada de los tejados y las cúpulas (verdes, rojas, naranjas, amarillentas) de ondulado perfil oriental y barroco, entre bizantinas y caprichosas, como un «divertimento musical».

Desde la plaza de Mozart regresamos hacia el interior de esta parte de la ciudad: la Residenzplatz, con su bello palacio del xv, y en seguida, la plaza de la Catedral y la catedral misma, el gran edificio barroco (construido en el xvii), con su rica fachada de mármoles, encuadrada entre dos torres y dominada por la estatua monumental de Cristo. Entramos, no sin haber hecho antes unas fotos, desde un ángulo, del hermoso y grandioso conjunto.

Entramos en buen momento. El interior de la catedral—muy rico en mármoles, estucos y altares, sin olvidar el suntuoso púlpito—está ahora animado. En los primeros bancos del altar mayor, a la derecha niños y a la izquierda niñas, están recibiendo las últimas lecciones, quizá la última, preparatorias de la Primera Comunión. Un sacerdote joven, de amplia frente despejada y además elegante, en voz que apenas es un susurro, indica a los niños cuáles deben ser sus movimientos. Ensayan. Entran y salen de sus sitios, se acercan al comulgatorio, hacen una perfecta reverencia, todo dirigido con meras señas de las manos blancas, delgadas, manos de director de orquesta, que son a la vez imperio y sugestión; unas



Salzburgo, ciudad de la música. En esta estrecha calle del barrio viejo nació en 1756 W. A. Mozart.

manos para ser descritas por nuestro Valle Inclán... Y a la vez, el órgano, solemne, majestuoso... La victoria—aquí—del Catolicismo es mantenida por medio de este estilo de vivir y hacer que tan bien representa este sacerdote austriaco.

Aún tenemos tiempo de ir a la iglesia de San Pedro, no lejos de la catedral (románica, de tres naves), aunque muy alterada por reconstrucciones posteriores. A la salida, por un pasadizo cubierto, llegamos a la iglesia de los Franciscanos, mezcla de estilos románico y gótico y con un notable retablo barroco en el altar mayor.

Las notas de los cronistas recogen el detalle de que sigue lloviendo y que en un autobús urbano hemos regresado al Hotel Europa. Se atribuye a Goethe—y sin duda es verdad, aunque nuestra cita es indirecta y de segunda mano—que «en Salzburgo se abre una cortina ante las magnificencias del Señor». Es cierto: bordeada de árboles, jardines y montañas, multicolor en sus casas y cúpulas, con la corona de su impresionante castillo, a Salzburgo «plásticamente perfecta», sólo le faltaba el encanto del sonido. Y Salzburgo tuvo a Mozart... Desde entonces, sus conciertos y sus sinfonías, sus óperas y sus cuartetos, no están sólo en los famosos Festivales; suenan, silenciosos, «la música callada», en el recuerdo de quienes buscan, lo primero y lo último, en Salzburgo, la Getreidegasse...

#### HACIA VIENA, PASANDO POR LINZ

En el espléndido comedor del Hotel Europa los viajeros de Ciudad Real recibieron al Dr. Calatayud Maldonado, que venía desde Hanau (Alemania) para ver a sus padres y acompañarles en sus jornadas vienesas. El Dr. Calatayud Maldonado es un médico de veintiocho años, hijo de nuestro compañero—y amigo de todos los que le conocen, D. Carlos Calatayud Gil—y antiguo discípulo también de los cronistas. Precisamente por aquellos días al pasar contratado a la Cátedra de Neurocirugía de la Universidad de Giessen, como Profesor. *Herr Professor* traía un coche nuevecito y por unas jornadas sus padres y los cronistas abandonaron el autocar. No era posible desoir ni la invitación amable ni la voz del cariño hacia el antiguo discípulo.

A bordo, pues, del coche hicimos la etapa Salzburgo-Viena; pero nosotros pasamos también por Linz.

Que nadie pregunte a los cronistas—y creo que a nadie de los que tomaron parte en el viaje—cómo es el trayecto Salzburgo-Viena. Sólo sabemos que vamos por un *autobahn* estupendo, quizás incluso demasiado ancho, porque entre sus dimensiones y la niebla que nos envolvía bastante teníamos con ver el borde de nuestra derecha o unos metros de la línea seguida, con tenacidad germánica, sin desmayos, que siempre está pintada de amarillo, kilómetros y kilómetros, para señalar las tres direcciones de cada lado del *autobahn*.

Nos salimos de la pista para ir a visitar un rato Linz (185.000 h.) y es allí donde por primera vez vimos el Danubio, que era una de las ilusiones de los cronistas en este viaje. Una ilusión que ha habido que modi-

ficar, porque el Danubio—y esto nos lo han reconocido hasta en Viena, los vieneses—no es «azul», aunque sí es bello. Vamos, algo así como sí a la ilusión—«el bello Danubio azul»—la hubiéramos partido por la mitad.

Linz valía la pena de la desviación. No en vano es una ciudad que cuenta su vida por milenios. Por Linz pasaba la más vieja ruta de la sal de la Europa central: la que desde Hallstatt descendía por el valle del Traum hasta el macizo de Bohemia. Los arqueólogos y especialistas de lo céltico lo tienen demostrado. Seguro que esta ruta se cruzaba con otra que fuera río Danubio arriba y abajo. Linz sigue siendo esto mismo: un cruce de caminos y por eso su puesto fluvial es el más importante del Danubio medio. Como la niebla, cuando entramos en Linz disminuyó un tanto, los cronistas pudieron ver en sus suburbios—unos suburbios sin peyoratismos, muy nuevos, casi recién hechos—la importante zona industrial (forjas y acererías), que es también la primera de Austria, por su producción, porque aquí se traen, para su beneficio y laboreo, los minerales de Estiria.

Tomamos como punto de referencia de nuestra visita la *Landstrasse*, que cruza toda la ciudad, desde el puente de los Nibelungos hasta la salida hacia Viena. Es una calle moderna, muy comercial, como cabía esperar, alegre y animada. Observamos que hay muchos comercios con nombres húngaros y con mercaderías también de Hungría. En otros, los escaparates están igualmente adornados con maniqués que visten trajes regionales de las varias comarcas austríacas y danubianas. Entramos a una cervecería: grande, con varias salas. Está llena, porque son más de las seis de la tarde y los buenos austríacos dedican esta hora y las siguientes a los grandes jarros de cerveza y a las enormes salchichas. Nos dicen que muy pronto, porque ya han comenzado a trasegar bastante cantidad, empezará el agarrarse codo con codo, de mesa a mesa, y el balancearse cantando folklore popular. Pero esto no lo han visto los cronistas y dejamos la responsabilidad de la exactitud a los informantes, buenas gentes de Linz que nos hicieron un hueco mientras tomábamos nuestra merienda, bien regada.

## VIENA

La entrada en Viena fue de apoteosis. Lo fue para el coche en que viajaban los cronistas y para todos. El cronista va a contar su aventura personal. Viena tiene, además de su millón y medio muy corrido de habitantes, una extensión muy superior a la previsible a tal censo, de por sí respetable.

Viena, ciudad imperial tantos siglos, fue imperialmente concebida y sus sucesivos constructores no contaron dimensiones ni distancias. Los cronistas, cuando se ponen a escribir esta parte de su memoria, han echado mano del plano de Viena y de unas «siluetas» de conjunto de algunas ciudades esenciales de Europa (Jean Bruhnes: *L'Europe*) para aquilatar su impresión y no exagerar nada. En las siluetas están Londres, Hamburgo, Moscú, París, Roma, Estocolmo, por ejemplo. Pues bien: sí de Londres se ha dicho que es «una provincia de casas», de Viena habría que afirmar que

es «media provincia». Su silueta (a escala, naturalmente) casi ocuparía la mitad de la extensión de la londinense.

Ibamos armados del plano, desplegado; ibamos avizores del nombre de calles y avenidas. Pero eran interminables. Un chorro de luz, que no parecía terminar nunca, que se entroncaba con otro chorro de luz, nos precedía siempre. Optamos por lo que parecía más sencillo. Preguntar a un guardia. Pero en aquella inmensidad de distancias dar con un guardia tampoco resulta fácil. Por fin, he aquí uno. El cronista adelanta al Dr. Calatayud que el guardia no se sabrá la calle que preguntamos y tendrá que consultar la guía. Adivino. Nos endereza, pero nos remite a algún otro guardia que encontremos en la dirección deseada. Así, hasta tres veces, con las tres correspondientes consultas del guardia a su guía.

Por fin, he aquí: «Schonbrunn Park Hotel.» Y la casualidad. Llegamos a la vez que el autocar, que sin duda nos adelantó mientras entramos nosotros en Linz. Agradable, inesperada sorpresa. Nos ha correspondido como hospedaje uno de los más hoteles vieneses, ése que tiene, bajo su nombre, ya bastante expresivo, este subtítulo: «La casa de los huéspedes del Emperador.» Los cronistas renuncian a hacer su descripción. Que cada lector se imagine desde la escalera tapizada de damasco rojo hasta las *suites* con alfombras persas o turcas, esas alfombras que desde Lausana mismo hasta aquí hemos ido viendo, como muestra permanente, en los escaparates de media Europa. Ahora están bajo nuestros pies.

Viena es mucho y no hemos podido ver todo. No hemos podido ver —anotémoslo como primera y máxima lástima, de la que no curaremos fácilmente— el Museo de Bellas Artes, cuyo catálogo, desde la Venus de Willendorf hasta los Van Eyck, Memling, Breughel el Joven y el Viejo, Rubens, Holbein o Rembrandt, tanto nos atraía. Hubo incompatibilidad entre sus visita y la del Palacio Imperial. Luego, el Museo estuvo cerrado. A algún excursionista el cierre le costó una tristeza de cinco días. Y comprendamos que la cosa no era para mucho menos. No pudimos ver tampoco la Escuela Española de Equitación, aunque pasamos varias veces por su puerta. Pero Viena nos abrió muchísimas de las cosas que encierra y, en definitiva, el balance es muy favorable.

A Viena primero la recorrimos en autocar. Y a fuerza de comparar realidad y plano (un plano desplegable de 60×60 cm. con que nos obsesquiaron en el hotel), se nos quitó el primer complejo de extravío y dimensión y nos lanzamos después alegremente, siempre alegremente, a la calle. Viena tiene un cogollito central, del que es perímetro el canal del Danubio y los famosos Ring (Schotten, Dr. Lueger, Burg, Opern, Kärtner, Schubert, Park y Stubenring). En su centro mismo, la catedral de San Esteban, y cerca, el Hofburg y la Cancillería. Pasado el canal del Danubio queda el Prater, dividido longitudinalmente por la «Haupt Allee» y aún más allá queda el Danubio. Las edificaciones siguen, en los barrios más modernos (algunos modestos) hasta el «alte Donau» (viejo Danubio), un brazo del río que quedó cortado y convertido en lago, después de una inmensa inundación. Viene queda, pues, a la derecha del Danubio, en torno a la zona de los Ring. Se aprecia que las más importantes vías convergen hacia la ciudad antigua; Währingerstrasse y Alserstrasse hacia el Schottenring;



La reliquia nacional de Austria: la Catedral de San Esteban. Su torre (136 m.) es considerada como obra maestra del gótico basilical. El interior fue reconstruido después de los daños sufridos en la última guerra, y guarda, entre otros, el púlpito de Antón Pilgram (1514), el altar de Wiener Neudstadt (1447) y el sepulcro del Emperador Federico III (1513).

Thaliastrasse y Lerchenstrasse hacia el Burgring; Mariahilferstrasse hacia el Opernring; Schonbrunnerstrasse, al Kärtnering. Más hacia el exterior, sin perder nunca dignidad ni empaque, tras otras grandes avenidas y calles, interrumpidas las manzanas de casas por amplios espacios verdes (paseos, parques, jardines) se derrama el resto del casco urbano moderno de la ciudad hasta un cinturón de bosque.

En Viena comenzamos la jornada del Domingo de Ramos oyendo misa en la iglesia del Nacimiento de María, junto al hotel. En la puerta, vendedores ambulantes nos ofrecen (1 shilling) un pequeño y artístico ramo. La iglesia es—naturalmente, estamos en Viena—barroca. Tiene grandes y bellos frescos en los lienzos de pared y en la cúpula. Está amueblada con lujo. Bancos sólidos, artísticos. Y cada uno con calefacción eléctrica, individual. La iglesia está llena de fieles cuando nosotros oímos misa a las ocho en punto de la mañana.

Luego fue la visita al palacio Schönbrunn y al Belvedere del Príncipe Eugenio de Saboya y el recorrido por la ciudad. El Palacio Imperial está al lado mismo de nuestro hotel. Los guías enseñan sólo unos 40 salones y dependencias, de los 1.400 que tiene. Comienza la visita por los departamentos, sencillos y austeros, sin ningún lujo, dentro de la grandiosidad, del Palacio del Emperador Francisco José. Muebles en maderas oscuras, escritorio sencillo, paredes cubiertas con damascos rojo oscuro. Un cuadro que representa la felicitación del Kaiser Guillermo II de Alemania, con los Reyes y Príncipes de su Imperio, cuando Francisco José llegó a las bodas de oro con el Trono. Las habitaciones de la Emperatriz Isabel, que le siguen, son, por el contrario, alegres y luminosas, tapizadas en blanco y rosa, con amarillo muchas veces, que predomina desde la Emperatriz María Teresa. Triunfa el rococó, y es tan bello, que se hace perdonar sus excesos ornamentales. Está en su ambiente. Llaman la atención las estufas de rica cerámica vidriada, con ricos elementos decorativos, como si se tratase de una vajilla. Y las lámparas de transparente cristal de Bohemia. Y los tapices y retratos: unos, al óleo; otros, finísimos de color, con menos empaque que los anteriores, al pastel. La cronista se interesa mucho por las salas y salones decorados totalmente en seda china, con preciosas piezas de cerámicas orientales, en los gabinetes chino y japonés. Y por la inmensa «Gran Sala», con un bello retrato de María Teresa por Meytens.

Primero desde los balcones, luego desde el parque mismo, vemos a lo lejos, en la «Glorieta», la portada del palacio que los Emperadores querían construir para sustituir a este Schönbrunn. La obra no siguió, pero ahí está, a modo de arco triunfal, cerrando una perspectiva del parque.

Desde aquí, al Belvedere del Príncipe Eugenio de Saboya, otro palacio barroco, respaldado por unos jardines de tipo francés, sabiamente ordenados. Está en el barrio diplomático, y una parte del jardín recibe el nombre de «Jardín de los Embajadores». Allí cerca, la Embajada de España en Viena.

El guía que nos conduce, en perfecto español, demuestra un gran sentido del humor. Muy austriaco, elegante en la forma, irónico en el fondo, incisivo, intencionado. Pasamos ante el monumento que los rusos han de-



Para rendir homenaje a los caballos de pura sangre de Lipizza de la Escuela de Equitación Española, delante de los Museos de Ciencias y de Historia del Arte se han erigido las estatuas de los «Rossebändiger» (los domadores de caballos).

jado—protegido por una cláusula del Tratado de Paz, que lo coloca bajo la protección del Gobierno y del Ayuntamiento de Viena. El guía comenta:

—Los vienes dicen que éste es el monumento al ladrón desconocido.

Pasamos ahora, en el Burgring, ante el Parlamento. Rodeada de jardines, ante la puerta del palacio de los legisladores, una escultura que representa a Palas Atenea:

—Los vieneses comentan que la diosa Atenea estaría mejor dentro del Parlamento que fuera.

No ha debido quedarles buen recuerdo de los soviéticos. Cruzamos ante un cuartel, cerca de los muelles del canal. Salta otra vez el ingenio:

—Los rusos, al marcharse, nos vendieron los ladrillos de este cuartel, que había derruido su artillería. Los ladrillos eran suyos, aunque el cuartel era nuestro...

Cruzamos lentamente el Prater. Allí se levanta la famosa rueda, ahora parada. El tiempo no está como para subirse en ella a tomar el fresco. Más allá de la Haupt Allee, el Estadio y la Feria o Exposición Internacional de Muestras, con sus pabellones permanentes. Como estamos en Viena, unas veces se expone maquinaria, pero otras flores. Dentro de unos días, precisamente, comenzará la Exposición Internacional de Floricultura. De regreso del Danubio—pasamos por un puente y volvemos por otro—vamos hacia los Ring y su cogollo urbano de ciudad antigua. Los Ring son un anillo de paseos y parques que cierra, con hermosos palacios y jardines, el perímetro de la ciudad vieja. Desde los jardines nos miran—en broncees solemnes—Goethe y Schiller, frente a frente, como estuvieron en vida, o los grandes músicos: Beethoven, Mozart, Strauss, Haydn... Cada uno tiene su monumento y su plaza, no lejos de esta Opera, mundialmente famosa, que da nombre a un sector de los Ring. En cambio, alrededor del Hofburg, con sus espléndidas verjas, que son una maravilla del rococó hecho encaje en hierro forjado, nos encontramos las estatuas de los Emperadores (Francisco, José) y del Archiduque Carlos, el gran rival de Napoleón. Estamos en la Heldenplatz (plaza de los Héroeos). Pasado el gran jardín de la Heldenplatz, separados por otro, el de la plaza de María Teresa, frente a frente, de construcción gemela. los Museos de Arte y de Historia Natural. Y en torno al Burggarten, el Neue Hofburg, la Albertina y—cerca—la Opera otra vez. Este ángulo de los Ring (Burg y Opernring) parece encerrar en relativamente poco espacio la quintaesencia de lo vienes: Imperio, aristocracia, pensamiento, arte y música. Para que no olvidemos que era un Imperio ampliamente abierto a todas las razas, cerca de aquí está también la antigua Cancillería del Reino de Bohemia, la plaza de los Judíos, el barrio griego... Y el Palacio Lobkowitz, para una estirpe polaca, donde sonaron por vez primera los solemnes compases de la *Heroica*, de Beethoven...

Así fue, entre realidades, disparos de fotos aprovechando las paradas en los semáforos, miradas al plano para vencer el «complejo de Viena», evocaciones y silencios admirativos, nuestro primer contacto con la piel de Viena. Con la piel sólo. Para comprender Viena haría falta un tiempo del que no dispusimos. Los cronistas se habían preparado con la lectura lenta, meditada, de una preciosa conferencia que sobre Viena dictó hace

muchos años un vienés tan fino y tan buen escritor como fue Stephan Zweig. Luego, con la relectura de los primeros capítulos de sus *Memorias*, Viena es demasiado compleja y delicada para poseer su secreto en tres días...

Mas—pensaban los cronistas—para intentar un asalto rápido a tal secreto, hay un medio: la música. Y aquella tarde se fueron a la Opera. Tuvieron suerte. Quedaban sólo doce entradas, de localidades altas. Detrás de ellos se puso el cartelito: «Aus.» Se habían terminado. Al día siguiente, cuando quisieron volver, ya estaba puesto el cartelito. Como estaba para el otro teatro de Opera (el «*Volksopernteater*»), pues en Viena hay dos óperas diariamente, agotando las localidades de todos los precios. En la «*Staatsopern*» ponían *Jesufa*, obra de un compositor y un libretista húngaros. El libreto está traducido al alemán. En la «*Staatsopern*» se entra



La Opera del Estado, construida en 1861-1869, en estilo renacimiento italiano. Sufrió grandes daños en la última guerra, siendo reconstruida y reinaugurada en 1955.

y permanece con un respeto casi religioso. La parte exterior, los salones y vestíbulos, las escaleras regias, permanecen como en su aspecto original. Una bomba destruyó el interior del teatro, que ha sido reconstruido con acierto y majestad. En la representación, por lo que pudimos ver, se cuida el detalle de todo: decoración, luminotecnia. Sus intérpretes (orquesta, divos y divas, conjuntos de «ballet», que eran precisos también en la re-

presentación que vimos) siguen siendo de la primera calidad mundial. Aquel ambiente recogido, silencioso, íntimamente entusiasta por esa síntesis de todas las Artes que es la ópera, si que nos daba el secreto oculto, de formación milenaria y abierta, que tanto evoca en sus páginas el vienés Stephan Zweig. La ópera, diríamos, es el alma entera de Viena.

Pero teníamos que buscar también otros horizontes, los más variados, los de más contraste entre sí. Los cronistas recordaron que se recomienda la visita del «*Griechenseidel*», un café típico, con varios siglos a cuestas, que está en el barrio griego—naturalmente—, por el Fleischmarkt (mercado de la carne). Se dice que no debe confesarse haber estado en Viena si no se ha visitado este café. No nos defraudó. Al contrario. Es cierto que tiene un sello absolutamente peculiar. Revestidos sus pequeños saloncillos de madera en cuarterones, con pintorescas y humorísticas lámparas, también en madera, y con su muestra colgante en la puerta, de hierro forjado, nos traslada a un ambiente de diligencia o carrozón, antes, mucho antes, de la «belle époque»; más bien, «ancien Régime», muy siglo XVIII quizá.

Los cronistas tenían casi como obsesión—no en vano son Profesores de Historia—ir a la «Cámara del Tesoro» imperial. Y fueron. Los cronistas afirman que muchos siglos (diez siglos) de Historia europea tienen más sentido que antes para ellos. Son muchas las reflexiones que se levantan en uno a la vista de estas joyas imperiales. La «*Schatzkammer*» evoca la fundación misma del Imperio austrohúngaro y de su antecedente, el Sacro Imperio romano germánico. Sus insignias (corona, cetro, globo, al lado de la Cruz del Imperio, con su estuche de cuero y hierro) producen una auténtica emoción. No se puede dejar de pensar, aparte de su riqueza en oro y piedras preciosas, en lo que han venido representando en Europa desde el siglo X. La Cruz del Imperio, con una parte de la Vera Cruz documentada desde el 887 sin duda alguna, y la Lanza del Imperio, vienen a recordarnos también la misión religiosa de la Institución imperial. Pero los cronistas no quieren traer aquí más el desencadenamiento de sus reflexiones. Vieron las otras coronas imperiales y reales, los mantos de los heraldos, caballeros y Cancilleres del Tóison; las capas pluviales, dalmáticas y casullas y paños de altar para las ceremonias de la misma Orden; los trajes de Corte de la nobleza centroeuropea, que hacen de esta colección singular un precioso documento del bordado medieval en el más alto nivel de riqueza. Sin contar las joyas, colecciones, uniformes de los siglos XVIII y XIX, de alta etiqueta palatina, y la cuna del Rey de Roma, el «aguilucho napoleónico», muerto de tuberculosis en el Palacio de Schonbrunn. Imágenes de Historia que se levantan en esta Cámara del Tesoro, una de las mayores atracciones de Viena para quien no se un mero turista transeúnte.

A la salida fuimos a la Albertina, que, en otro sentido, es igualmente excepcional. Los cronistas hicieron valer su condición de Profesores y fueron atendidos de modo especial en la «*Studiensaal*». Quisieron ver sobre atril, despacio, grabados de Durero y de Rembrandt, e inmediatamente vinieron las cajas. También hay emoción en tener entre las manos, de forma directa, estas joyas de Arte. Los cronistas recordarán siempre con

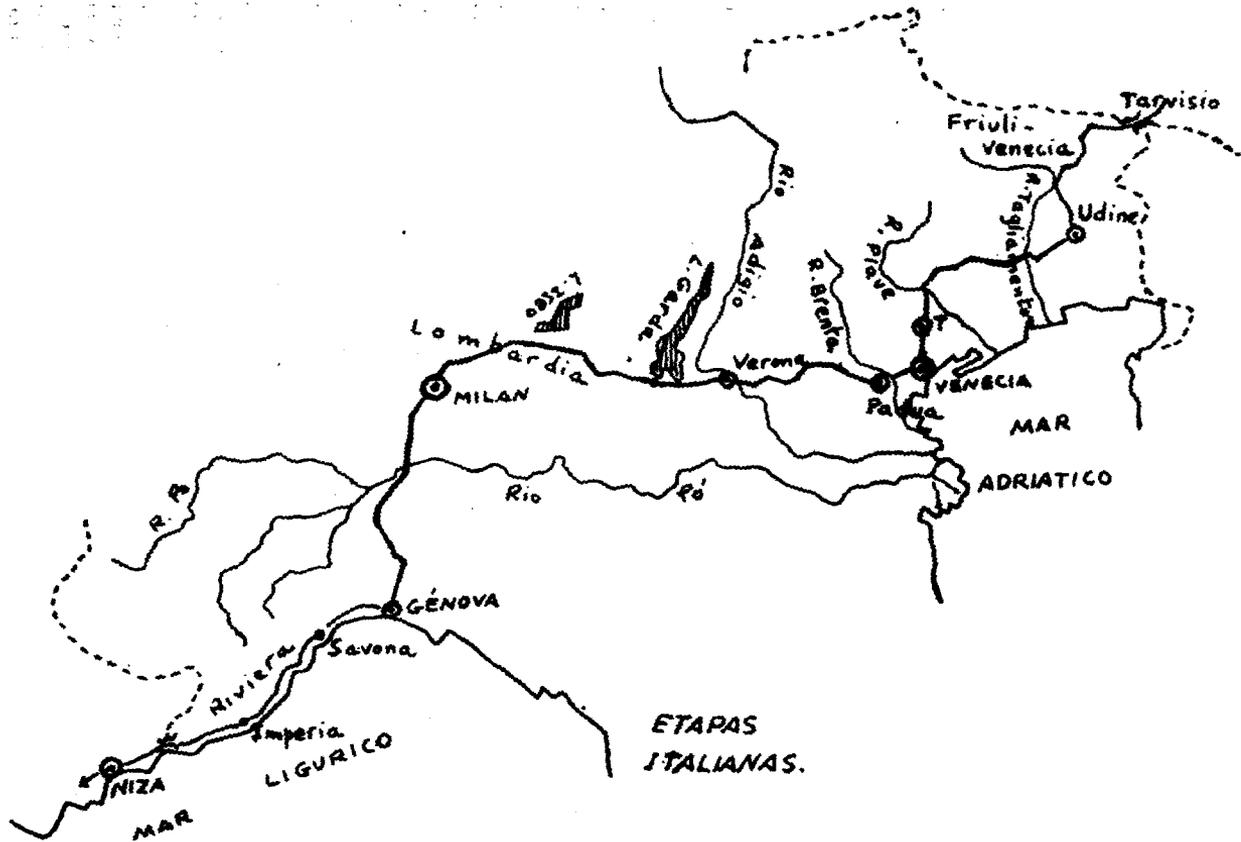
gratitud la hora pasada en la Albertina hojeando obras originales de los dos más famosos grabadores.

Pero Viena es también vida de ahora, plena y agitada. Fuimos de compras a los grandes almacenes de la Mariahilferstrasse; hicimos trayectos de metro y autocar. El metro vienés nos resulta exacto en sus marchas y veloz, pero un tanto destartalado, sobre todo en las estaciones, que parecen a veces barracas provisionales. Pero en el metro vemos al pueblo, que presenta un buen aspecto, en su indumentaria y modales. La cronista observa constantemente unas formas de cortesía, incluido el «sombbrero», que no se ven en otras partes. El cronista piensa si será que en Viena el peso del protocolo imperial y la rígida educación, que llegaba a todas las clases sociales—según las descripciones que nos son conocidas—, ha logrado el milagro de la perduración. Lo cierto es que Viena es así.

### ESTIRIA Y CARINTIA, HACIA ITALIA

En Viena comienza el regreso. Cuando salimos de Viena parece que el tiempo, que no nos ha sido demasiado favorable, empieza a ponerse calmo y tranquilo. Los Alpes, con nosotros—salvo la fuga del Mont Blanc a nuestros ojos—nos han sido amistosos. Ahora nos iban a dar una prueba más. La salida de Viena, prácticamente hasta Wiener-Neustadt, donde está enterrado el Emperador Maximiliano, nos ofrece el otro aspecto de la capital: el industrioso y social, sin sello o carácter. Los cronistas piensan en la diferencia existente con el maravilloso anillo de los Ring. Pero esto es también Viena. O, si se prefiere, su reverso.

A muy pocos kilómetros más adelante volvemos a dejar la baja Austria del Danubio, para perforar—otra vez—durante el resto de nuestro viaje austriaco y parte del italiano de la jornada, los Alpes del Sur. A pocos kilómetros de Neunkirchen ascendemos al Semmering. Teníamos otra idea de este puerto alpino. Es suave en sus curvas, aunque de fuertes rampas, entre dos picos de unos 2.000 metros solamente. Y a la bajada entramos en el valle del río Murz, afluente en Bruck del Mur. La toponimia es reveladora, como en nuestros Bruch del tambor de la Independencia. Se trata de una entalladura entre calizas, con paredes casi verticales, sólo que aquí la nieve está inmediata en las cumbres que nos flanquean. El valle del río Mur es muy estrecho, pero se ensancha cuando vamos a llegar a Judenburg, en la Estiria. La parada en Judenburg es para comer. Apenas puesto el pie en tierra cruza ante los cronistas un judío «de libro», típico: viejo, piel transparente, frondosa barba blanca, nariz muy aguileña, ojos fríos, profundos y escrutadores. Judenburg (10.000 h.), rodeada de murallas medievales, fue una colonia de israelitas desde el siglo xi. Nunca han dejado de permanecer allí. El cronista, que tiene referencia de una iglesia románica del siglo xii, que luego fue de jesuitas, pregunta por ella y se encuentra con la sorpresa de que está ahora convertida en sala municipal de fiestas y en cine. Judenburg tiene una plaza muy bonita, con un gran castillo, de piedra rojiza, al lado de la iglesia parroquial. Judenburg tiene, además, unas tiendas muy atractivas. Hay en ellas unos cacharros la-



Itinerario italiano por el Norte de Italia desde Udine a Venecia; de Venecia a Padua, Verona y Milán; y de Milán a Génova y Ventimiglia.

brados en madera, con motivos muy bellos, que llaman nuestra atención. El cronista, alegando que tienen que marcharse pronto en los autocares, logra que dos chicas jóvenes abran una de estas tiendas y le vendan algunos de estos cacharros. Resulta que es trabajo artesano de Yugoslavia, cuya frontera no está lejos de aquí. Muy cerca de Judenburg nace el río Drave y por su valle se penetra fácilmente en Yugoslavia, por la frontera de Dravograd.

Por la tarde, una tarde de sol espléndido, atravesamos la Carintia, una serie de cordales transversos, a una altura de 500 a 1.000 metros, que no desciende—repentinamente—hasta que casi estamos llegando a Klagenfurt, situada en una depresión que se prolonga luego por el «Wörthersee». Klagenfurt es una ciudad industrial, que asoma chimeneas por todas partes, cruzada por ferrocarriles, envuelta también en almacenes de maderas de los montes y bosques próximos. El «Wörthersee» está totalmente helado. Parece un espejo brillando al sol. Observamos que es el único lago helado que hemos visto en tantos kilómetros de trayecto alpino desde Suiza aquí. En seguida, Villach y la frontera italiana. El paso de Tarvis (1.508 m. de altitud) es de una belleza excepcional. La carretera se retuerce comprimida entre las alturas nevadas, que parecen echarse sobre ella. Alguna vez se abre paso en túnel. Los indicadores avisan el peligro de «caída de masas». En un trayecto hay—por poco tiempo—un embotellamiento, porque, efectivamente, una gran masa de rocas y tierra ha caído sobre la carretera; pero unas grandes máquinas las están retirando. Los cronistas observan que aquí, aún en la vertiente alpina italiana, ya no hay los ríos caudalosos que nunca nos habían abandonado hacia el Norte. Los cauces están secos, pedregosos, anchos, esperando, sin duda, el deshielo. Se hincharán, pero por poco tiempo. A lo peor, arrasarán en su inundación las tierras de las riberas. Los camiones italianos bajan cargados de madera. Nos acercamos ya a Udine, primera etapa de nuestra estancia italiana.

Udine (86.000 h.) es una plaza fronteriza, militar, para guarda de las entradas desde Austria y Yugoslavia. Este carácter se ve en seguida por los grupos de «bersaglieri» que animan con su marcial paso y su gorro de plumas las calles de la ciudad. La hemos visto de noche. Pero estaba muy bien iluminada y la belleza de su plaza de la Libertad era fácilmente apreciable. El Monumento a los Caídos está situado en una logia renacentista, frente a otros monumentos del mismo estilo. Las vías Cavour y Manin son las comerciales. Pero Udine fue mero paso.

## UN DIA EN VENECIA

En viajes tan largos hay que estar preparados a todos los sacrificios. Hasta al sacrificio de dedicar un día escaso a Venecia. Casi un pecado de lesa belleza. Nos contentamos a medias, pensando que es la segunda vez que visitamos la ciudad y que dedicaremos el día a ver más despacio lo que hace dos años vimos con la prisa del que no sabe si va a regresar alguna vez.

En Venecia (350.000 h.) no interesa el dato estadístico. Venecia es una de esas ciudades que está muy por encima de la cantidad, porque es esencialmente calidad. Es distinta a todas las demás. No puede compararse con ninguna otra. Cuando el autocar nos deja en Trepointi, al lado de los embarcaderos de rio Nuovo, nos falta el tiempo para dirigirnos hacia el motoscafo que nos conduzca—directo—a la piazza de San Marcos. Vemos al lado las góndolas, pero las góndolas—¡ay!—son inaccesibles. Diferimos su gusto para una gondolada nocturna.

El rio Nuovo nos saca al Canal Grande, por la esquina del Palacio Foscazi; en frente, el Palazzo Grassi; un poco más abajo, la Academia de Bellas Artes. Sentimos arrepentimiento, porque hoy no vamos a detenernos en ella. Hace dos años la visitamos despacio. Recordamos perfectamente el *Poliptico*, de Paolo Veneziano; las obras de Giovanni Bellini; una *Assunta* maravillosa, de Moranzone; el *San Giorgio*, de Mantegna; la riquísima colección de primitivos; el mural—vista siempre actual de la vida veneciana del siglo xvi—que representa *El banquete en la casa de Levi*, de Veronés, y las célebres telas de Tintoretto, con los *Milagros de San Marcos*, llenos de fuerza y expresión. Y tantas otras cosas más.

Entramos en la plaza de San Marcos por donde se debe, por el arco que se abre al final de la calle de San Moise. Su espléndida y señorial arquitectura, su simetría llena de nobles proporciones, que le valió la definición napoleónica—«el más bello salón de Europa»—, se ofrece desde aquí mejor que desde ninguna parte. Al fondo, los oros y las cúpulas de la catedral bizantina de San Marcos y un ángulo del Palacio Ducal. A ambos lados, las fachadas porticadas y palaciales, de un barroco a la vez rico, sereno y contenido. Y las palomas, con su zureo incesante. Y el bullir de la gente, que habla todos los idiomas imaginables. San Marcos es el ágora de la paz, de la luz y de la belleza sin límites.

La actual catedral, una de las joyas bizantina más hermosas de Europa y Asia, se comenzó a construir en 1063, sobre el mismo lugar donde había habido otras dos desde el siglo ix. Lombardos, venecianos y bizantinos trabajan en ella. Se dice que es anónima porque ha sido la obra del amor de todos los venecianos. Cada una de las cinco arcadas de la fachada cobija un portal mosaico. En el atrio sigue la riqueza: mosaicos del siglo xiii, que representan la Creación del Mundo, las Historias de Noé, Abraham, José y Moisés. El interior, de cruz griega, con sus cinco cúpulas y la asombrosa riqueza decorativa que va desde la primera decoración, en el ábside, del siglo xii, hasta los murales en el crucero, del xvii. Volvemos a vivir momentos que tuvimos en el viaje de hace dos años. Pero todo parece nuevo, nunca visto, porque esta riqueza decorativa siempre ofrece la novedad de un detalle olvidado o el recuerdo de una escena, de una obra, que nos impresionó especialmente. La Catedral de San Marcos es inagotable.

Ahora vamos a verla desde arriba. Salimos. Subimos en el ascensor al Campanile, que se alza al lado de la Biblioteca que construyó Sansovino. Aunque Venecia está ahí, entera, a nuestros pies, llama primero nuestra atención la cubierta de la Catedral, con sus cinco hermosas cúpulas y la anatomía en piedra de su construcción. Sólo después observamos Venecia:

Nuestra Señora de la Salud, la isla de San Giorgio, el Canal Grande, el Canal della Giudeca, el Lido lejano, el laberinto de las «calles» (así, en idioma español), la explanación de algunos «largos», las cúpulas bizantinas y los campaniles de tantas iglesias, emergiendo del mar de tejados, y, ahí abajo mismo, el milagro en piedra gótica del Palacio Ducal, encuadrando la «Piazzetta».

Descendemos. Vemos ahora el Palacio de los Dogos. Cuando la Señoría está en plenitud y manda sus bajeles a todo el Mediterráneo oriental y comercia con Constantinopla, en 1340, se comienza a construir esta maravilla singular del gótico civil, que, con muy pocas modificaciones, llegará hasta nuestros días. La arquitectura está terminada en 1438, cuando en gótico flamígero se construye la «Porta della Carta», que forma parte de la Loggia Foscara, llamada así por el Dogo Foscarini que la mandó edificar. Lo demás—desde el siglo xv—son meros enriquecimientos ornamentales. Se prescinde aquí de considerar la fachada del reloj, del xvii, que afortunadamente nadie advierte. La fachada que da a la Piazzetta y la que enfrenta a la Mole, o sea, cara a San Giorgio y el muelle, son prodigiosas, tanto en las arcadas de planta baja como en el balconaje o loggia levantada, del más puro gótico, con rosetones cuadrifoliales, que forma la primera; como en el lienzo de pared de grandes ventanales apuntados que la remata. El Palacio de los Dogos, por el exterior, es una de esas obras de arte en que se alcanza el límite mismo de la belleza absoluta. En su estilo no se sabría pedir nada más.

Los cronistas tienen que renunciar a la descripción del interior. Cada clase de departamentos son joyas en su género: las piezas privadas de los Dogos (Sala de las Escarlatas, Grimani, de los Estucos); las Salas de las Magistraturas (Salón Cuadrado, con un soberbio Tintoretto; de las Cuatro Puertas; el Antecolegio; el Colegio; el Senado, que algunos creen, tal es su grandiosidad, que es ya el del Gran Consejo); las Salas de Armería, con una colección de belleza impresionante. Naturalmente, la Sala del Gran Consejo acopia las mayores admiraciones. En su testero, el mayor cuadro al óleo del mundo: el *Paraiso*, de Tintoretto, y en el techo, un inmenso fresco representando las principales batallas navales ganadas por la Señoría. En otro salón, la *Apoteosis de Venecia*, de Veronés. Por un balcón que da al canal posterior vemos el Puente de los Suspiros, y en seguida pasamos a las prisiones. Los cronistas, por un momento, sin guía en aquel laberinto de pasillos y mazmorras, cerradas por fortísimas rejas, creen que no van a saber salir. Un ordenanza les explica que la única evasión conocida fue la del Cavallere Casanova, afortunado—por lo oído—lo mismo en prisiones que en amores.

Vamos a comer a la «Taverna del Doggi», en la calle del Albanesi, lo más típico de Venecia, zona portuaria y más oriental si cabe que todo lo demás. Una calle estrechísima, pero llena de color y luz no usada. Al salir, la Riva degli Schiavoni está llena de puentecillos multicolores, donde se vende de todo. Compramos ceniceros y collares de cristal de Murano. Luego, a callejear, es decir, a subir y bajar puentecillos, sortear canales, salir hacia el Canal Grande, al lado de la Ca d'Oro; subir al Puente de Rialto, ver pasar las góndolas, «esos féretros con cuello de cisne», que dijo

nuestro Foxá con imagen inmortal que aún no conocen los venecianos. Cuando la conozcan, la pondrán en sus guías, de seguro.

Por la noche organizamos una gondolada. Veinte o treinta góndolas nos llevan—en pequeños grupos de cuatro personas—por el río Nuovo y el canal. El gondolero es una estatua viva que recorta su silueta al contraluz de los cabrilleos del agua. La góndola es de surco suave, como el de un cisne; el remo hace una estela fina, de brillos argentados que se deshacen. De pronto, en el silencio estremecido de emociones, las góndolas cobran voz: cantan. Son unas canciones de ritmo marinero y romántico, con letras napolitanas, ligures o vénetas, que hablan de mar, muerte, amor y vida. Los gondoleros tienen recursos que no fallan. La gondolada se detiene ahora entre dos puentes, en una curva oscura del río Nuovo. Y entonces la mejor voz de los gondoleros entona—en solo—una de esas canzonetas cadenciosas que ponen temblor en el corazón... Y más si es en Venecia y de noche... Se comprenden los suspiros de los condenados bajo su puente; se comprende la melancolía de D'Annunzio y la Duse; se comprende que todos los románticos—«¿y quién que no es romántico?»—hayan querido pasar por aquí... La gondolada fue nuestra despedida—*a rivederci*, sólo—a esta incomparable Venecia.

#### HACIA MILAN, POR PADUA Y VERONA

En el camino hacia Milán, que era la etapa siguiente, hubo dos paradas muy bien aprovechadas: Padua y Verona. En Padua nos detuvimos en el Prato della Valle, al lado de la plaza del Santo, porque es obligado hacerle pletesía, por sus milagros y por su Basílica. De paso saludamos al Gata-mellatta, uno de los dos famosos «cavallos» de Italia. El otro es el de Bartolomeo Colleoni, en la plaza de San Giovanni e Paolo, de Venecia; éste, más arrogante; el paduano, más sereno y mesurado en su porte; pero ambos, verdaderos ejemplos de magnífica escultura marcial, creadores del género en el Renacimiento.

Aprovechando el tiempo, los cronistas, en una carrera contra el reloj, tomaron un tranvía que lleva hasta la Capella degli Scrovegni, y pudieron, a total solaz, contemplar los Giottos—muchos y magníficos—que la decoran. Los cronistas se ponen muy contentos, porque en viaje anterior a Padua no habían podido ver este conjunto único de obras de Giotto, al que desde ahora consideran como una pieza mayor de sus correrías museales.

Hacia Verona admiran esta agricultura italiana del Norte, que más parece jardín o huerta que campo de labor. Los frutales están tratados, en su poda, con línea de artista y buen sentido de quienes quieren recoger el fruto desde la tierra misma, sin escaleras ni apaleos. Aquí, estos frutales, que se despliegan por kilómetros, están tratados con mimo de hijos, con respeto de ser vivo y amigo. El campo italiano, por todas estas tierras del Adigio o del Po, es una pura delicia para los ojos.

Y Verona es otra. Los cronistas han ido—¿cómo no?—al balcón de Julietta. Y de allí, a la piazza delle Erbe, convertida todavía, a la hora en

que llegan, en un mercadillo provinciano, lleno de verduras, frutas y flores. La plaza sigue haciendo honor a su denominación. Detrás de ella se levanta el campanile de la Señoría Scaligera, los monumentos funerarios de los primates de la familia y los patios interiores de los edificios del palacio. Un conjunto verdaderamente excepcional. Por la tarde, después de comer, aún tienen los cronistas tiempo, en un taxi, de llegarse hasta San Zeno, bellísima iglesia románica del siglo XII, con una portada ornada de relieves del mismo siglo. El cronista, desafiando la lluvia, que cae en buena cantidad, intenta, uno por uno, llevárselos todos en la conserva fotográfica. Lo menos veinte veces ha tenido que limpiar de gotas el objetivo. Pero el suyo se cumple, y anota este día con piedra blanca.

## MILAN

Recordábamos Milán, del viaje anterior, con cierta inquina. Entonces diluvió, tuvimos poco tiempo, encontramos cerrado el Cenáculo Vinciano. Apenas pudimos ver sólo la Catedral y algunas calles, más las inevitables Galerías Vittorio Emmanuele. Recordábamos también nuestra dificultad para orientarnos. Para paliar ésta ahora, al dejar la autoestrada se tomó un taxi como guía del autocar. Aún así, costó llegar a la vía de San Gregorio exactamente cincuenta y cinco minutos. Milán (1.500.000 h.) tiene una extensión desmesurada y una circulación automovilista increíble. Para todos era un espectáculo, que nos compensaba de la tardanza en llegar, ver aquellos ríos de coches, sobre todo cuando un puente o viaducto nos ofrecía la perspectiva desde arriba y veíamos la corriente circulatoria a nuestros pies.

Vimos Milán de noche (aunque estaba inclemente y lluvioso), porque nuestra impaciencia no admitía espera. Nos fuimos en tranvía a la plaza del Duomo; le dimos una vuelta a la Catedral, admirando una vez más la pureza de su traza gótica y la riqueza de su decoración escultórica; paseamos bajo las galerías comerciales, radiantes de luz a toda hora, y regresamos.

Al día siguiente el cronista no tuvo pereza, y hacía las seis y media de la mañana ya estaba en la calle, rumbo a la estación, para ver los rascacielos que habíamos sorprendido sólo de paso cuando entrábamos. Aún volvió luego otra vez, acompañando a la cronista, pues ambos fuimos sabios en la administración del tiempo de la mañana. Juntos vimos la Catedral, en su interior, y juntos fuimos entrando en iglesias para hacer las visitas de monumentos. Dios nos lo pagó bien, porque inexplicablemente, en tan poco tiempo, sin prisas, vimos cuanto queríamos: el «Cenáculo vinciano», en competencia con una expedición nórdica, de suecos y suecas, que con verdadera unción admiraban la obra maestra de Leonardo. Impresiona, en aquel antiguo y destartalado refectorio de paredes desnudas, el testero de la *Cena*, un tanto desvaída de color, pero genial en la composición; el dibujo a la vez suelto y exacto, las valoraciones cromáticas y el aire y el ambiente del cuadro entero. En fresco no hay nada igual, y

en cuanto al «aire pintado», sólo es comparable con las *Mentnas* velazqueñas.

Luego, andando, porque no cae lejos de Santa María de las Gracias—cuya iglesia, dicho sea de paso, también merece la visita—, fuimos los cronistas a San Ambrosio, la primera iglesia románica de la región, en su primitivo estilo lombardo. Al salir y preguntar a un milanés por el tranvía que debíamos tomar para ir a la estación, una sorpresa de gran significación, una verdadera vivencia de Hispanidad, desde muy lejos:

—¿Ustedes son españoles de España o de América?

Alguien, en una ciudad tan europea y abierta como Milán, sabe que España no termina en las costas del Atlántico. Como Roma no acabó con la invasión bárbara. Los cronistas piensan que es mucha lástima que no nos comprendan así, con esa latitud y generosidad histórica, todos los italianos. Porque Roma no terminó con los bárbaros. Vive en Italia. Y en España también.

## HACIA GENOVA, Y FIN

Desde Milán a Génova hay 143 kilómetros de autostrada. El viaje es, por tanto, rápido y cómodo. Los vehículos, incluso los autocares de gran porte, pueden lanzarse a grandes velocidades sin riesgo alguno. Una buena prueba de ello es que no se ven nunca coches accidentados. Los últimos kilómetros, cuando la autostrada tiene que atravesar los montes ligúricos, para pasar del interior—valle del Po—hasta la costa o Riviera, se lanza a esas obras de ingeniería que son la admiración de los viajeros: túneles gemelos, uno tras otro, y viaductos atrevidos, de bellas líneas arquitectónicas, uno tras otro también. Desde los viaductos se ven los valles y barrancadas a grandes profundidades bajo nuestro nivel. El esfuerzo que está haciendo Italia en sus comunicaciones es verdaderamente enorme, y lo sigue con ritmo acelerado, como hemos podido comprobar recordando los trozos que estaban contruidos hace dos años y los que hay ahora.

En Génova entramos ya de noche, y aunque después de cenar hemos salido un poco, no basta para tener ni siquiera una imagen aproximada de tan gran ciudad. Preferimos la zona del puerto y las grandes vías que corren paralelas a la costa y a los muelles, a nivel superior, a las que se accede por las estrechas y empinadas callejuelas de la vieja Génova y a veces por amplias y cómodas escaleras que se han construido en nuestros tiempos de urbanización.

Al día siguiente salimos temprano, porque la etapa—hasta Marsella, con parada en la frontera y en Niza, para comer—es muy larga. La Riviera se despliega ante nosotros en toda su belleza. Aquí ya ríe la primavera. Luce el sol mediterráneo. San Remo está tan absolutamente lleno de coches, aparcados y corriendo, que no encontramos sitio donde detenernos con el autobús. Paramos un rato en Ospedaletti, donde aún seguimos buscando números de *I Maestri del Colore*, una nueva colección de libros de pintura, con magníficas reproducciones a todo color, que ha empezado a salir este año. Comenzamos a buscar ejemplares en Udine, y

aún no hemos parado. Hasta en Ventimiglia, ya diciendo adiós a Italia, seguiremos comprando.

Montecarlo, breve parada. Niza, comida y un poco de tiempo después de comer, para ir por la avenida de la Victoria hasta los Jardines de Verdún y el paseo de los Ingleses. Algunos ni siquiera pueden llegar, porque la hora de salida se echa encima.

Cuando llegamos a Marsella es de noche. Estamos a un paso de la Cannebière, resplandeciente de luz, negra de moral, como siempre. El viejo puerto abre su cuadrilátero a las luces de sus cafetines de película. En lo alto, a la izquierda, destella Nuestra Señora «de la Garde». Al día siguiente regresamos prácticamente por donde vinimos, salvo una pequeña parada en Montpellier. Comemos en Narbonne. Otra vez los «étages» de la costa narbonense. Y otra vez La Junquera. Estamos en España. El viaje ha terminado. Los cronistas—que tienen una vocación andariega—comienzan a pensar en el siguiente.

*N. DE R.—Dentro del viaje, los Profesores realizaron en Viena varias visitas a las autoridades docentes, a fin de establecer contactos con las instituciones pedagógicas austriacas. Celebraron diversas entrevistas con el Rector de la Universidad, Dr. Albin Lesky, y el Director General de Enseñanza Media, Dr. Ludwig Wolhgemuth, a quien acompañaba el Dr. Hans Nowotny. Las Comisiones que visitaron a dichas personalidades iban presididas por el Inspector General de Enseñanza Media, señor Pacios; Inspector-Jefe de Publicaciones y Director de los Viajes al Extranjero, señor Rodríguez Lesmes; Inspector-Jefe del Gabinete Técnico, señor Del Arco, e Inspector Secretario General, señor García Alvarez. Con ellos iban el Secretario de la Escuela de Formación del Profesorado, señor Calonge; y el Secretario de la Universidad de Valladolid, señor Arribas. Intercambiaron informaciones sobre la organización de la Enseñanza secundaria, abriendo el camino para nuevos contactos. El doctor Wolhgemuth facilitó a los visitantes el texto de la nueva Ley de Enseñanza austriaca, que insertamos, por su interés, en este mismo número de nuestra Revista. Otra Comisión de Profesores visitó la Embajada española, donde fueron atendidos—estando ausente el Embajador, señor Erice—por el Cónsul, señor Ayesta, con quien estudiaron la forma de extender a Austria el Bachillerato Radfónico entre los trabajadores españoles que se encuentran en dicho país.*

## Biblioteca Pedagógica de Enseñanza Media

- |   |            |
|---|------------|
| 1. <i>El adolescente y Dios</i> , por Gesualdo Nosengo ... ..                           | 25,— ptas. |
| 2. <i>La educación cristiana de los hijos</i> , por Juan Moneva<br>y Puyol ... ..       | 55,— ptas. |
| 3. <i>La persona humana y la educación</i> , por G. Nosengo.                            | 65,— ptas. |
| 4. <i>De la suavidad en la formación del carácter</i> , por J.<br>Moneva y Puyol ... .. | En prensa. |

PUBLICACIONES DE LA REVISTA "ENSEÑANZA MEDIA"

Atocha, 81, 2.º

MADRID (12)